



LA MUJER  
DE GILLES  
MADELEINE  
BOURDOUXHE

se

Lectulandia

El amor de Éliisa hacia Gilles, su marido, es absoluto y emocionalmente completo. Gilles es feliz al lado de su maravillosa mujer y de su familia. Nadie hubiera podido intuir la fragilidad de esa felicidad doméstica. Pero Gilles y la hermana menor de su esposa, Victorine, caen en una pasión ciega. Perdido el eje de su existencia, Éliisa se adentra en un mundo de angustia, en una profunda desesperación.

«La mujer de Gilles», originalmente publicada en París en 1937, no sólo narra la historia de un amor apasionado que transcurre en una familia obrera en Bélgica durante los años treinta, sino que presenta un agudo análisis sobre el erotismo de una sorprendente modernidad.

Los libros de Madeleine Bourdouxhe, elogiados por Simone de Beauvoir, habían permanecido olvidados durante décadas. Sin embargo, hoy son apreciados en todo el mundo y «La mujer de Gilles» en particular, después de una serie de avatares, se ha convertido en una joya literaria que por fin el lector tiene entre sus manos.

**Lectulandia**

Madeleine Bourdouxhe

# **La mujer de Gilles**

ePub r1.0

Titivillus 28.02.2017

Título original: *La femme de Gilles*  
Madeleine Bourdouxhe, 1937  
Traducción: María Teresa Gallego Urrutia  
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

# LA MUJER DE GILLES

## I

«Las cinco... Debe de estar a punto de llegar...», se dice Éliisa. Y sólo con pensarlo ya no puede hacer nada.

Lleva todo el día restregando, lavando, sacando brillo; ha preparado una sopa sustanciosa para la cena: no es costumbre por estos pagos lo de comer fuerte por las noches, pero él lo necesita porque en la fábrica, a mediodía, sólo almuerza unas rebanadas de pan con huevo. Y ahora, aunque sólo le quede la mesa por poner, los brazos se le entumecen y caen inertes, pegados al cuerpo. Un mareo de ternura la deja clavada, inmóvil y sin resuello, aferrada con ambas manos a la barra niquelada del fogón.

Todos los días le pasa lo mismo. Gilles llegará dentro de unos minutos: Éliisa no es ya sino un cuerpo sin fuerzas, que anonada la dulzura, que desbarata la languidez. Éliisa no es ya sino espera.

Cree que podrá abalanzarse hacia él y abrazarlo. Pero cuando ve ese corpachón musculoso que aparece de pronto, vestido de pana, en el vano de la puerta, las fuerzas la abandonan aún más.

Siempre se la encuentra Gilles inmóvil, un poco ida, y es él quien se acerca y le da un suave beso en la frente.

—¿No has visto a las niñas? Han ido a buscarte...

Él se quita la chaqueta de trabajo, se pasa una mano callosa por el pelo, se sienta. La camisa abierta le deja al aire el torso desnudo; se frota un poco el pecho en esa zona en que tiene un mechón pequeño. Contesta:

—No... se habrán ido a jugar al prado con los demás. Aquí tienen un trozo de césped, pero a los niños siempre les gusta más el jardín ajeno.

—Si no estoy preocupada... Es por lo del baño del sábado... He preparado el barreño grande... Tengo el agua templándose al sol.

Se acerca a él; olfatea, en sus ropas, un fuerte olor a sudor, a hierro, a aceite, a trabajo, el olor de Gilles... Le frota la suave mejilla contra la piel sin afeitar, la mejilla áspera de Gilles... El pelo de Gilles... la boca de Gilles... los ojos de Gilles...

—Gilles... —dice; un nombre breve y húmedo como un cuchicheo; cuando lo pronuncia, se le llena la boca de una saliva que le humedece los labios redondeados y, a veces, le rebosa por las comisuras, formando dos diminutas pompas.

Vuelve al fogón, levanta la tapa de la olla, sólo lo suficiente para que salga el aroma: Gilles lo husmea con una codicia de hombre hambriento y se le escapa un prolongado suspiro amoroso al pensar en el festín que se avecina. Éliisa se ríe.

—Todavía es muy temprano —dice—. Pero... ¡toma!

Y le pone delante una torta de arroz espolvoreada con azúcar.

Luego se sienta y mira cómo la parte en cuatro y se come cada trozo en tres bocados.

Gilles, con ademán amplio, se pasa la mano por la boca para limpiársela. De pie ante el fogón se sirve una taza de café.

El grueso pantalón de trabajo se le sujeta sin cinturón en las anchas caderas. Tiene el cuerpo alto, magro y robusto de los obreros de la comarca.

Pero tiene los ojos mucho más bonitos que todos los demás obreros.

En el jardín, Éliisa inclina el hermoso y compacto cuerpo hacia el barreño; el agua está en su punto; para tener la seguridad, mete los brazos desnudos y los deja un ratito, entregada a la dulzura del agua. Ve reflejarse en ella su rostro, borroso por el espejeo del sol. Si inclina un poco la cabeza, entra en una zona de sombra y el reflejo se hace más nítido: tiene la cara alargada y llena, de rasgos regulares, el pelo oscuro y brillante. ¿De dónde habrá sacado este curioso aspecto de española si es una mujer del Norte?

Se endereza, se abocina la boca con las manos húmedas y llama a las niñas.

Sonríe a Gilles que, desde la ventana, está mirando el jardín.

A él le gusta esta franja de tierra larga y estrecha que ha cavado y sembrado en los domingos de primavera. Él hizo el palomar de ladrillos de color de rosa, él plantó el seto de groselleros y le puso el filo de rocas al arroyo que cruza el jardín a lo ancho.

El día en que vinieron a ver la casa, no sabía si alquilarla o no. Pero Éliisa se fijó en ese trocito de arroyo. Gilles la miró mientras corría hacia el agua: aún tenía cuerpo de muchacha y dos pechos pequeños y duros le brincaron dentro de la blusa. Él, al verlo, notó algo así como una ancha parcela de dicha y se decidió en el acto.

También le gusta la casa: dos habitaciones en la planta baja, dos dormitorios en el primer piso y, debajo del tejado, un desván grande con unas ventanas bajas por las que entra la luz.

Gilles se vuelve hacia la cocina: ha oído entrar a las niñas, dos gemelitas rubias, formales y tímidas. Se sienta encima a las crías, una en cada rodilla. Les sopla en el pelo para que se rían. Siempre lo turba un poco ver cómo palpitan, cerca de su cara, esos dos pares de largas pestañas, y dice bajito: «Cuánto me alegro de tener dos niñas».

Éliisa ha entrado a buscar a las chiquillas para bañarlas.

Gilles vuelve a husmear con fuerza el aroma de la sopa. La cena estará servida dentro de nada... Mañana es domingo: no hay que ir a trabajar... El cuerpo se va preparando despacio para un descanso prolongado. Al despertarse, Gilles solicitará a su mujer. Siempre lo hace el domingo por la mañana: hay tiempo por delante y no está uno atontado por todo un día de trabajo. Los demás días queda poco espacio para el placer y, si a veces lo busca, es también por la mañana, en las semanas en que tiene turno de noche en la fábrica: tras volver a casa entre la bruma matutina. Gilles ve apuntar por doquier la vigorosa fuerza del día y, antes de sumirse en la noche artificial que viene para él tras la otra, siente deseos de tomar también la ración de vida que le corresponde. Y se apresura, para encontrar a Éliisa acostada aún.

Ella lo está esperando, con los ojos cansados de insomnio: duerme mal cuando no está él. Deja que la tome, dócil y dulce, fascinada por esa dicha que ilumina el rostro inclinado hacia ella; y cuando Gilles, con la preocupación de un primitivo orgullo varonil, le pregunta torpemente si ella también ha gozado, le contesta con toda su buena fe, sin concebir que pueda aspirar a otra satisfacción que a la de haber podido brindarle una a Gilles. Se levanta y, para que él pueda irse a dormir cuanto antes, le prepara las rebanadas de pan y el café. Mientras se lo sirve, le lanza de soslayo miradas tiernas y vergonzosas: es tan púdica que le dan un poco de bochorno esas intensas caricias a plena luz, con el sol vivaz y limpio de la mañana, y se inmuta al sentir cuán tierno es ese bochorno.

Gilles ha vuelto a acodarse en la ventana. No piensa en nada y piensa en un montón de cosas pequeñas. Mañana es domingo... el aroma de la sopa es cada vez más penetrante... las flores del jardín están hermosas... Qué dulce es la vida, Gilles...

Mira, apaciblemente, cómo Éliisa enjabona dos cuerpecitos desnudos en la luz del sol poniente.



## II

Élisa había sentado a las niñas encima de la mesa y las estaba vistiendo para irse a la cama.

—Han abierto la verja del jardín —dijo.

Y miró por la ventana.

—¡Ah! Es Victorine...

—Llegas a tiempo de darles un beso a las crías —le dijo a la joven que entraba—. Las iba a acostar ahora mismo. ¿Te quedas un rato? Ahora bajo...

Cogió a una de las niñas en brazos, hizo pasar delante a la otra y subió despacio, jadeando un poco, la escalera de caracol que acababa en la cocina.

Gilles estaba llenando tranquilamente de tabaco la ancha petaca de piel de cerdo.

—¡Qué buen día ha hecho! —le dijo a Victorine.

—Ya lo creo —contestó ella—. Aquí se aguanta, porque esto es casi el campo... Pero en el centro se asfixia una... y pasarse todo el día encerrada en un comercio tiene muy poca gracia.

Se sentó a la mesa, de lado, enfrente de Gilles. Cogió una libreta de puntos-regalo que había dejado allí Élisa y, mecánicamente, empezó a pegar los sellos.

Así nace el deseo, de una nadería. Gilles vio un hociquillo rojo que se abría cada pocos segundos para que asomase una lengua estrecha que dos dedos acariciaban suavemente con un cuadradito de papel. Y miraba aquello aturdido, sin hacer un ademán. Con frecuencia, al mirar a Élisa, la había deseado de repente, pero era aquél un deseo mucho más grato, que iba creciendo despacio. Ahora era un tremendo pánico que le invadía todo el cuerpo, y notaba como si la sangre le estuviera hinchando la cabeza.

Intentó pensar: «Pero bueno, si es Victorine... la conozco hace años... Con una trenza en la espalda, luego con moño... Si no es más que la niña, más que Torine. Pero bueno...». Pero de nada valía. Nada tenía ya sentido. Ella seguía pegando sellos, y esos labios que se entreabrían, esa lengua que entraba y volvía a salir, era como si los viera por primera vez. Se levantó, dio la vuelta a la mesa, fue a apoyarse en la barra del fogón, y así se quedó, de pie, clavando en Victorine unos ojos desorbitados.

Vamos, Gilles, chico, hasta ahora no ha pasado nada grave... un avasallador deseo de hombre que nace así, de golpe, en pleno centro de la carne y sin que lo guíe pensamiento alguno no tiene mayor importancia. Lo que hace falta es no hacerle caso y dejar que se marche solo, sin motivo, igual que ha llegado.

Pero la muy golfilla alzó la cabeza: era de esas que las cazan al vuelo y no dejan pasar la ocasión.

Hay mujeres en quienes el corazón crece con desmesura. En Victorine no había lugar sino para el sexo. Había nacido así y la pobre no podía remediarlo. Aunque la verdad es que esa forma de ser resulta bastante repulsiva.

Cruzó las piernas y, fingiendo cansancio, se desperezó despacio, con un curioso

suspiro muy suave. Se cercioró rápidamente de cómo la estaba mirando Gilles, se levantó y se le acercó. Lo miró: era un hombre guapo.

Piernas de hombre... torso de hombre... hombros de hombre... Se pegó a él por completo.

Gilles se dio cuenta, con cinco segundos de retraso, de que el piquillo rojo le pertenecía y de que lo que lo estaba saciando era un leve aroma de goma de pegar.

Le temblaban las piernas; oyeron que Éliisa bajaba los primeros peldaños y Gilles no se movió. Pero Victorine se escurrió sin ruido hasta la silla y se puso a tabalear con los dedos en la mesa tarareando una canción conocida.

—Han tardado mucho en dormirse... —dijo Éliisa.

Se inclinó hacia la caja de carbón y quiso tirar de ella. Pero los pies de Gilles la estorbaban. Se quedó con la mano extendida, esperando a que él retrocediese. Subió la mirada por ese corpachón inmóvil: las piernas de Gilles... el torso de Gilles... los hombros de Gilles... Sonrió al ver el rostro pasmado, los ojos vacíos...

—¿Qué te pasa? Pero ¡muévete, so bobo! —dijo riéndose. Y estampó un beso ruidoso en la mejilla del único hombre que existía para ella.

—¿Te quedas a cenar? —le preguntó a Victorine.

—Pues sí —contestó la joven, y se levantó para ayudar a Éliisa a poner la mesa.

Se sentaron los tres. Gilles se tomó la sopa sin decir nada. Victorine contaba una historia enrevesada acerca de la cajera del comercio en el que trabajaba. Éliisa, con el corazón sosegado, la escuchaba y comía con apetito. Gilles tomó unas cuantas patatas con tocino, pero no pudo terminarse el plato.

—¿No te gustan? —preguntó Éliisa—. ¿Quieres que te cueza unos huevos?

—No, no tengo hambre... no me encuentro muy allá...

Éliisa lo miró, preocupada.

Él notó cómo la pierna de Victorine rozaba la suya. Se moría de calor; por la ventana, abierta de par en par a la noche, no entraba ningún frescor.

«Si se marchase una de las dos, me sentiría mejor», se dijo.

Pero cuando se hubo ido Victorine, miró en torno: la mesa... las sillas... el calendario de la pared... el reloj... Si está todo como todos los días... No, eso no podía admitirlo.

Se quedó unos minutos callado; nunca se había fijado en que el aire y las cosas fuesen tan diferentes según que hubiese tranquilidad o ruido, pero ahora pensó: «El silencio es pesado como el plomo» y le pareció intolerable. Habló de pronto:

—Voy a llegarme a ver las palomas...

—¿Ahora? —preguntó Éliisa.

Nunca solía ir a esa hora, pero, bien pensado...

—Pues ve... —dijo—. Pero las vas a despertar...

Gilles, una vez fuera, pasó ante la puerta del palomar, giró a la derecha y dio la vuelta a la esquina de la casa; subió la escalera de hormigón que llegaba hasta la verja

y se asomó a la cerca. Una blusa blanca se ve bien de noche. No, no había nadie en la carretera. Paseó meticulosamente la vista hasta el fondo del jardín.

Volvió a bajar la escalera despacio. Se apoyó un poco, entonces, en la pared de la casa y susurró: «Pero ¿qué me está pasando?».

Empujó la puerta del palomar. Le gustaba aquel olor a grano y a plumas; aquella noche no lo aspiró con todas sus fuerzas, como solía. Encendió una cerilla mecánicamente, miró sin ver.

—¿Qué? ¿Subimos a acostarnos, mi hombre querido? —gritó Éliisa desde el umbral.

Gilles regresó, tiró de la cadenilla de la lámpara de gas y, a tientas, se reunió con Éliisa, que lo estaba esperando en los primeros peldaños. Subieron como todas las noches: Éliisa un poco de lado y con un brazo echado hacia atrás, agarrado a los hombros de Gilles.

### III

«No, no pasa nada... soy yo, que estoy cambiando... porque vamos a ver, los recados, como siempre... el sindicato... Lleva el café a casa de mamá... Soy yo... es mi estado».

Élisa había llegado ya al cuarto peldaño de hormigón. Raspó la nieve, igual que en los demás, la empujó para que formase un montoncito a la izquierda, pasó el cepillo hasta que el hormigón estuvo bien limpio. Entonces se arrodilló en el peldaño libre de nieve y empezó con el quinto.

—Mira, ahí, más arriba... más.

Alargó el busto, apoyó la mano izquierda de lleno en la nieve y contempló la huella de la suela de clavos. Los músculos de la cara se le tensaron un poco, como si quedase casi sin resuello. «Corazoncito mío...». No había hablado, pero los labios se le estremecieron al ritmo de las palabras.

Otro peldaño limpio... así... empujar hacia un lado la gruesa capa de nieve es lo más agradable... y luego el cepillo... Y otro montoncito... «Todos estos montoncitos le pediré luego que los quite con la pala, eso es... Y volverá a poner esa cara que pone... ¡Desde luego... es que hay que ver!». Se dio la vuelta, se sentó en un peldaño lleno aún de nieve y se quedó un rato con el cepillo en la mano. Lo vio con toda claridad, sentado ante el fuego, con las piernas estiradas y los pies apoyados en la puerta abierta del horno, con esa cara nueva de ahíto soñoliento. Una voluntad medio dormida le inclinaba la cabeza hacia delante y hacia atrás, con breves tirones; luego, de repente, se incorporaba, se sacudía como quitándose agua de encima: en aquella cara hermosa había un algo ajado y las venas de la frente le abultaban más. «Pues eso, yo diré: ¿y si fueras a quitar los montones con la pala? Y él dirá: ¡Puf! Los montones, qué coño importarán los montones... Y luego pondrá esa cara. Y...».

Se sentará con esa pinta de individuo que se pone cómodo, sorberá, escupirá sin miramientos en el pañuelo, y sonreirá golosamente clavando los ojos en algún punto del fogón. Pues sí, qué coño importarán los montones.

«Qué va... soy yo... todo se me hace raro... es mi estado. ¿Estaba así cuando las gemelas? ¡Zas! Otra patadita... en toda la tripa de su madre... Anda que no va a ser fuerte éste... Sí... soy yo... ¡Venga, vamos...!».

Y empezó con el penúltimo peldaño.

Volvió a bajar despacio, agarrándose a la pared para no resbalar con aquellos zuecos que le estaban grandes. Al llegar a la puerta de la casa, se los quitó y entró con ellos en la mano, pisando sin ruido con las medias húmedas y clavando los ojos en el hinchado vientre. Llevaba con orgullo, bien echado hacia delante, aquel peso nuevo que le venía del cuerpo de Gilles.

Volvió éste un poco tarde, en compañía de Victorine.

—Me he traído a la niña —dijo—. Tenía cara de estarse aburriendo en casa y,

como tú ya no sales casi, he pensado que igual podía ir a dar una vuelta con ella esta noche...

—Has hecho bien —contestó Élixa.

Miró a la muchacha. Se enorgullecía de verla tan bonita y tan lozana. Y al pensar en su propio cuerpo, cada día más pesado y más deforme, se dijo: «Qué bien está eso de que salga con ella. Así se distrae un poco».

Se avergonzó de haber sentido esa misma tarde aquella inconcreta inquietud y, como para darse a sí misma una prueba, preguntó:

—¿Te importa quitar con la pala los montones de nieve? Los he dejado en los peldaños.

—Pues claro —dijo él—. ¡Ahora mismo!

Ella lo miró con una ancha sonrisa alegre.

Gilles salió silbando entre dientes. Metió la pala debajo del primer montón.

«Vamos a quitarle los montones estos... si así está contenta, a mí qué coño me importa».

Élixa había servido la cena enseguida para que no se les hiciera tarde.

—No llevo casi dinero —dijo Gilles cuando ya estaban a punto de irse.

—Espera —dijo Élixa—, que ahora te doy más. ¿Adónde vais?

—Pues... al cine seguramente...

Victorine se había puesto los guantes y el sombrero. Apoyando ambas manos en la mesa, esperaba, lista para salir. Gilles estaba a su lado, muy cerca.

Delante del armario, Élixa, dando la espalda a la habitación, rebuscaba en el bolso. Ya iba a cerrarlo otra vez, con el dinero en la mano, y fue en ese momento preciso cuando la inquietud volvió a apoderarse de ella. No era ya un malestar inconcreto al que cede uno un momento para quitárselo luego de encima, sino una angustia más ominosa, más precisa: tenía ante los ojos el mundo familiar de unos cuantos objetos; los miró fijamente uno por uno, luego se le detuvo la mirada en las manos, que le temblaban, entreabiertas encima del bolso, y *detrás de ella había otro mundo totalmente embrollado, desconocido y amenazador*. Así lo sentía y tenía la seguridad de no equivocarse, y *lo que no había que hacer era darse la vuelta de golpe y hacerle frente*.

Turbada por esa prodigiosa clarividencia que le había oprimido de pronto la garganta, esperó un momento. Luego se fue dando la vuelta despacio, primero de perfil, mirando lo que tenía delante con ojos un poco distraídos, luego de tres cuartos, luego de frente... Los miró. Aparentemente, no habían hecho ademán alguno, allí estaban tal y como los había visto pocos minutos antes, *antes de que le pasara aquello*.

Se acercó y le alargó el dinero a Gilles. Tenía una expresión completamente normal. Pero sabía que iba a decir algo; no sabía qué era, y, no obstante, no iba a ser una frase que le saliese de los labios como si brotase de forma inconsciente, sino una frase necesaria, de la que iba a ser totalmente dueña.

Gilles se metió el dinero en la cartera y cogió el sombrero.

—¿Qué? ¿Nos vamos? —dijo mirando a Victorine.

Entonces Éliisa dijo:

—Bien pensado... ir al cine no cansa... le voy a pedir a Marthe que venga a quedarse con las niñas y me voy con vosotros. Esperadme un momento.

Se puso rápidamente el abrigo y salió para avisar a la vecina sin detenerse ni un segundo a ver su cara de pasmo.

No tardó en reunirse con ellos y bajaron los tres la cuesta resbaladiza y enfangada. No hablaban. El aire estaba helado. Gilles llevaba el cuello alzado. Las dos mujeres iban agarradas de ambos brazos de Gilles; con la otra mano se apretaban el cuello de piel contra la boca. Caminaban deprisa. Pese al peso del vientre, a Éliisa no le costaba trabajo alguno pisar las piedras del camino. Paseaba los ojos con viveza por la hilera de casas de la derecha; luego, por la de la izquierda, y aquellas rápidas miradas se percataban de todo con agudeza. Veía todos y cada uno de los carámbanos de hielo sucios que centelleaban en el arroyo, junto a la acera; notaba con toda precisión dónde acababa el halo de los faroles. Al pasar delante de una ventana encendida, vio a una mujer inclinada sobre una mesa a medio quitar: le dio tiempo a divisarle el rostro, el pelo, la boca, los gestos, la vida. Con esa mirada, que había durado apenas los pocos segundos que necesitan tres cuerpos en marcha para cruzar por un rectángulo de luz, Éliisa ya conocía a esa mujer.

Se dijo que esos dos seres que caminaban a su lado, con la misma cadencia y por la misma carretera, aunque también veían los carámbanos, la niebla luminosa de las bombillas, las fachadas herméticas o las ventanas iluminadas que nimbaban con luz triste la vida de las mujeres, nada sabían de esas cosas. Y notó que le subía por dentro y le reconfortaba el corazón un orgullo hondo, pero sin menosprecio.

Llegaron a la parada del tranvía que debía llevarlos al centro: aún no había dicho nadie nada.

Cuando Éliisa estuvo sentada en la sala a oscuras, notó de forma confusa que allí, en aquellas tinieblas desconocidas que confundía con el mundo amenazador cuya revelación había tenido hacía un rato, entre Gilles y Victorine, *allí estaba su lugar*. ¿Por qué? No lo sabía. Era una certidumbre venturosa. No sentía necesidad ni de entender ni de buscar. Sólo se hallaba aún en ese estado de euforia que aporta, en pleno peligro, la presciencia del corazón.

Pero después de dejar a Victorine en casa y saludar a sus padres al pasar, cuando Éliisa estuvo acostada y hubo oído los primeros ronquidos de Gilles dormido, notó que respiraba en un mundo que había vuelto a ser normal. Y ahora, ya sin esa sensación de estar actuando al dictado de razones oscuras, pero imperiosas, fue suya la agobiante libertad de mirar las cosas cara a cara.

Aquel turbador ambiente de malestar que gravitaba a su alrededor desde hacía unas cuantas semanas iba a escudriñarlo, a analizarlo hasta que le revelase su secreto.

Dio marcha atrás despacio, rebuscando en sus recuerdos.

No concretaba nada, dejaba desfilar ante sí las imágenes: Victorine... Gilles luego... otra vez Victorine... luego Gilles y Victorine... Y, de cuando en cuando, como fiel a una orden tácita, la maquinaria del recuerdo se detenía en un gesto, una actitud, el final de una sonrisa que, al verse sorprendida por una mirada imprevista, había titubeado bobamente antes de escabullirse. Y volvían a desfilar las imágenes, veloces e inútiles, o densas, confidenciales y repentinamente congeladas, sometidas a la minuciosidad de la investigadora. Victorine... Gilles y Victorine... Y volvía siempre como un leitmotiv la nueva cara de Gilles en la que, lanzados a la busca de señales familiares, los ojos inquietos de Élisabeth habían descubierto, en aquellos últimos días, estigmas indescifrables y crueles.

Se desprendía de cada imagen, como una leve abstracción dolorosa, un nuevo retazo de conclusión. Tampoco plasmó en palabras ninguno de ellos; mas, mudos y sin aparente significado, se iban apiñando en el corazón de Élisabeth. Y no iba a tardar mucho en nacer de su misteriosa colaboración la sencilla oración gramatical que descartaría las imágenes, que ya no valían para nada porque ahora se hallaban reunidas en una verdad concreta, pasmosamente breve, que cabía entera en aquel feroz y conciso ensamblaje de palabras.

Y, efectivamente, Élisabeth detuvo el desfile de imágenes. Se dijo «Desde hace semanas, está pasando algo entre Gilles y Victorine... Es posible que sea ya incluso demasiado tarde para evitar lo peor...».

Pero no era todo aquello sino etapas. Élisabeth esperó un poco. Hizo acopio de fuerzas. Por fin lo consiguió: se asestó valientemente en pleno corazón: «Gilles ya no me quiere». Se tambaleó. Y con un ademán amplio y torpe tendió los brazos hacia Gilles dormido, como si fuese a pedirle ayuda. Se detuvo a tiempo. No, Élisabeth, esta vez vas a sufrir sola. Por primera vez no puedes buscar apoyo en la ternura de Gilles, tienes que defenderte como si estuvieras sola en el mundo. Nadie podrá ayudarte, *Gilles no puede ayudarte...* Estás sola ante el mayor dolor de tu vida.

El sufrimiento la anegaba en oleadas sucesivas y cada vez más atosigadoras. Notó que no iba a tardar en claudicar y comprometerlo todo.

Apartó de golpe las mantas y se escurrió fuera de la cama.

Gilles rebulló un poco y preguntó con voz dormida:

—¿Qué pasa?

Élisabeth consiguió decir:

—Estoy muerta de sed... bajo a beber un vaso de agua...

Salió del dormitorio con los dientes apretados y los brazos estirados, tentando la oscuridad.

Llegó a la cocina, cerró la puerta y cayó de rodillas junto a la estufa apagada.

Cada pocos segundos se le alzaba la cabeza, se le iba hacia atrás y volvía a caer hacia delante sobre los brazos apoyados en el hierro helado, con el envite de cada sollozo.

Al regresar al dormitorio, no era ya sino un pobre cuerpo agotado. Lo que más la hacía sufrir ahora era la hinchada cabeza; se concretaba el dolor en un latido doloroso en ambas cejas. Pero, al volver a acostarse, tuvo aún la fuerza de tenderse, tiesa, lo más cerca posible del borde: sabía que no había apurado todas las lágrimas y que habría bastado con rozar con la mano o con la pierna aquel calor familiar para que volviera a estremecerla un hondo sollozo; entonces, incorporada, dando alaridos y agarrando a Gilles por los hombros para zarandearlo, le habría prohibido que dejase de quererla. Y Gilles, a la exigua luz de la lamparilla, veía, inclinada sobre él, a una mujer con el pelo revuelto, el rostro tumefacto, el cuerpo deformado y abultado dentro de un vulgar camisón de franela, que no había sido capaz de dar, para conservarlo, más que con un dolor hondo y torpe. Además, olía a lágrimas. Se notaba el sabor del llanto en los labios y en las manos; de él tenía impregnado todo el rostro, los brazos, la ropa. Y pensó que el olor del sufrimiento siempre da asco a los demás.

Así que tenía que quedarse muy quieta... con los brazos pegados al cuerpo... No volvió a moverse.

No se había dado cuenta de cuándo había empezado: le corrían las lágrimas con toda naturalidad, cálidas, mejillas abajo; y se le escurrían, frías, por el cuello. ¿Desde hacía sólo unos momentos o desde hacía horas? No lo sabía. Se había quedado tendida de aquella manera, abrumada bajo un dolor estacionario que no alteraban ni pensamientos ni imagen alguna. A veces, ni tan siquiera sabía ya por qué sentía un dolor tan grande. Lágrimas silenciosas, pero Éliisa se asfixiaba y sólo con sonarse habría despertado a Gilles. Se dijo, entonces, que ya estaba bien de debilidad. Le iba demasiado en aquel juego.

Arrugó la hermosa frente, apretó un poco las mandíbulas, clavó los ojos en la ventana.

Se veían fuera unos resplandores blanquecinos. Pero no era sino el alba artificial de una tierra cargada de nieve. Éliisa creyó de verdad que la noche estaba acabando y se asustó de aquel tiempo tan breve que le quedaba antes de que despertase Gilles. Espiaba, inquieta, unos albores más precisos, pero nada se movía en aquella pálida claridad. Le pareció que una ayuda misteriosa le llegaba desde fuera y bendijo aquel amanecer cómplice que se prolongaba.

Con los ojos abiertos a aquella falsa promesa, Éliisa se entrenó para sufrir sin llorar.



## IV

Por la mañana, Éliisa se levantó como de costumbre, preparó el café, el almuerzo de Gilles. Nada en su comportamiento la traicionaba. Aún tenía los ojos hinchados, pero aquella temporada era natural que Éliisa se despertase a veces con cara de cansancio.

Después de irse Gilles, puso manos a la obra como de costumbre. Con esmero aún mayor, frotó la chapa del fogón y restregó el suelo de la cocina.

A veces se detenía en plena tarea y esperaba un rato, con la mirada fija; no es que estuviese escudriñando otra vez el pasado o cavilando sobre cuál iba a ser su actitud: sólo se refería a sí misma el descubrimiento de la víspera. Sabía que algo habría que hacer, pero no quería determinar ahora en qué dirección seguir. Primero tenía que hacerse a la idea. Una y otra vez se repetía lo mismo, y seguía trabajando luego, empeñándose en recobrar un equilibrio exterior en un mundo de objetos domésticos, de gestos habituales, de tareas cotidianas. Y, además, de todas formas, no quedaba más remedio que hacer las cosas...

Al caer la noche, dio de cenar a las niñas y las preparó para irse a la cama. Así, cuando volviera, Gilles podría jugar un rato con ellas, como a él le gustaba; pero en cuanto Éliisa intuyese que tenía ganas de fumar, de leer el periódico o de descansar sin ruido, podría llevarse a las niñas a su cuarto.

Así transcurrieron unos cuantos días. Y cuando Éliisa se topaba con un objeto o una tarea que volvía a ver o a hacer por vez primera después del descubrimiento, le suponía ello, en cada ocasión, una nueva prueba que superar. Cuando, desde la ventana del desván, volvió a ver su jardín y su arroyo desde la particular perspectiva de aquella altura, los fuegos artificiales de recuerdos dichosos que le estallaron de pronto en el corazón la lastimaron tan cruelmente que esta vez estuvo a punto de sucumbir al pánico y volver a bajar a la cocina para desplomarse a los pies de Gilles y rogarle que se lo confesase todo, con los mínimos detalles; o de golpearlo para dejarlo tan lastimado como estaba ella... hasta que le jurase que nunca más vería a Victorine... de golpearlo con ambos puños, que tenía ahora crispados contra las mejillas...

Pero transcurrieron unos días y Éliisa cumplió, sin ceder a la debilidad, el ciclo de actos que constituían su vida semanal. La catástrofe había ido perdiendo poco a poco aquel carácter agudo de revelación. Cuanto rodeaba a Éliisa no tenía ya un turbador aspecto de rebeldía o incredulidad. Había conseguido teñir los propios objetos de un reflejo de desdicha. Y de esta forma, al acomodarse éstos al dolor que, por fin, le impregnaba el corazón y la carne, volvieron a resultarle familiares.

Y, monótonamente, la vida que había transcurrido con toda naturalidad por un cauce de dicha transcurrió con toda naturalidad por un cauce de desdicha.

Cambio interior, confianza entre los objetos y el corazón, secreto prudentemente clausurado; Éliisa no perdió la hermosa sonrisa honda, los ademanes a

un tiempo vivaces y suaves, los grandes ojos oscuros que detenían sobre los demás su mirada luminosa y sonriente.

## V

Cuando fue otra vez domingo, Éliisa sabía que tenía que enfrentarse con el porvenir sin perder más tiempo. Pero necesitaba saber, antes de nada y a ciencia cierta, en qué punto estaban las cosas. ¿Qué había entre ellos exactamente? ¿Cuándo se veían? ¿En dónde? Pero no podía hacer preguntas. Así que... observarlos, cerciorarse de todos sus actos... Seguir a Gilles cuando sus salidas pudiesen tener una meta que no fuera el trabajo o alguna tarea muy concreta... Pues adelante...

Por la tarde, a eso de las cuatro, desperezándose largamente y con un bostezo que revelaba el tedio de un hombre entumecido de tanto descansar y prestaba espontaneidad a la frase, manifestó:

—Voy a dar una vuelta...

Ella le acercó la chaqueta de cuero y la gorra.

—No vuelvas muy tarde —le dijo con agrado, dándole un beso.

Pero en cuanto hubo cerrado la puerta al salir, se echó el abrigo por los hombros y dijo a las gemelas:

—Portaos bien que ahora vuelvo...

Ya era de noche, pero enseguida vislumbró la alta silueta de Gilles que iba carretera arriba.

Escogió la zona de sombra más densa y fue subiendo la cuesta lo más calladamente que pudo.

Un hombre acababa de cruzarse con Gilles y no tardaría en pasar junto a Éliisa. Podía ser un amigo, un conocido... Echó a correr entonces, para que pareciese que Gilles, sencillamente, había tomado la delantera y que ella quería alcanzarlo. El hombre pasó sin saludar a Éliisa y ella volvió a caminar más despacio, conservando siempre la misma distancia entre Gilles y ella.

Al llegar delante de la tienda de Goblet, se detuvo y entró. Ella siguió caminando. Al filo del recuadro de luz que proyectaba en la carretera el escaparate de la panadería, se detuvo, desconcertada. Había entrado allí sin más... y en la trastienda estaba charlando un rato con un amigo...

¿Y ahora qué?

Vio, pegado al ala derecha de la casa, el jardín desierto, con sus cenadores de parra virgen en los que, cuando hacía bueno, servían café y brioches a los paseantes que venían de la ciudad. En aquella estación, no había ya ni mesas ni sillas. Pero en cada glorieta quedaba un banco de madera. Éliisa se metió en la primera de ellas, bruscamente, decidida a esperar unos instantes.

Se sentó en la madera húmeda. Quiso meterse las mangas del abrigo, pero le daba miedo el frío que iba a sentir por un momento al dejar los brazos al aire y se quedó como estaba, envolviéndose en la prenda como en una manta, igual que un bulto pequeño y oscuro que apenas se divisaba en la sombra del cenador. La luz de un mezquino farol se deslizaba por entre los sarmientos sin hojas que proyectaban una

sombra muy suave sobre la mejilla de Éliisa.

En la lejanía, que empalidecía la nieve, se veía, tras un suave velo de bruma, el mazacote de la fábrica en la que trabajaba Gilles. Los hornos no se apagaban nunca: turno de día, turno de noche, turno de domingos; en cuatro puntos, enrojecían la niebla. Aquellas bocas abiertas que escupían fuego sin parar intrigaban a Éliisa cuando era pequeña.

Volvió a verse niña, cuando su madre la llevaba consigo para que la ayudase a entregar la ropa planchada a los clientes que vivían en el extrarradio. Los hornos incandescentes eran para la chiquilla el principal atractivo del itinerario. En cuanto alcanzaba a vislumbrarlos, se arrodillaba en el asiento del vehículo, pegaba la frente al cristal empañado y clavaba la mirada en las llamas que se erguían, rojas y azules, entre escupitajos de chispas.

Le gustaban aquellos viajes breves que hacía todas las semanas con su madre. A la vuelta, tras haber cruzado en tranvía el centro de la ciudad, iban andando por un barrio oscuro y desierto; bordeaban, luego, el río. Desde aquel lugar, la vista abarcaba un amplio horizonte y se divisaban, en la oscuridad, los imprecisos contornos de las colinas.

Por la noche, Éliisa no conseguía nunca distinguir las colinas de contornos suaves y cubiertas de vegetación de las otras, negras y sin árboles, a las que llamaban escoriales, hasta que una corriente de fuego se desplomaba misteriosamente por la ladera de una de ellas y la diferenciaba de las demás cuya hermana aparentaba ser unos minutos antes. Éliisa recordaba en el acto un dibujo de su libro de la escuela y pensaba: «Es como un volcán». Subyugada, iba siguiendo el exiguo desplome incandescente y no apartaba la vista del resplandor que se estabilizaba un momento para, luego, irse debilitando y desaparecer poco a poco.

Mientras duraba el espectáculo, se repetía bajito para sus adentros, como una canción demasiado rara para dejar que nadie la oyera: «Estoy en Italia... estoy en Italia...». Abstraída, ni sospechaba ya que existiesen ni su madre ni el cesto lleno de ropa sucia cuyos mimbres crujían entre las dos. Bajaba el brazo y, como su madre era mucho más alta, recibía de pronto contra la pantorrilla el peso del fardo de ropa, que resbalaba hacia la zona más inclinada del cesto.

—¡Pero no lo tuerzas que cargas tú con todo el peso!

Entonces Éliisa enderezaba el cesto y, para que no se ladeara, alzaba la mano a la altura de la cadera. Si lo hacía, era por darle gusto a su madre, ya que esa postura del brazo doblado le resultaba más penosa que la carga entera colgándole del brazo estirado, más penosa incluso que los arañazos del mimbre en la pantorrilla.

Pero también era cierto que cuando las dos asas del cesto estaban ya a la misma altura, a la madre se le pasaba el cargo de conciencia y callaba; y entonces las piernecillas descubiertas y encarnadas de frío reanudaban sus andares mecánicos por los muelles desiertos. Entre la bruma helada en la que se recortaba la gran estructura de un puente o el bulto chato de una gabarra en reposo, Éliisa buscaba ávidamente la

colina perdida que, hacía un rato, había revelado su fulgurante identidad. Al fin la volvía a localizar, por encima de las casas y de las chimeneas de las fábricas: una masa borrosa en la que centelleaban unas luces; ésa u otra, pues otra vez volvían a parecerse todas ellas. Pero la imagen del volcán le había deslumbrado a la niña los ojos lo suficiente para recobrar, al tiempo que la canción muda y tan curiosamente inoportuna, aquel delicioso malestar: «Estoy en Italia... estoy en Italia...».

Salían de la sombra de los muelles, caminaban por calles estrechas y sin rostro y entraban en la zona de luz turbia de los comercios del barrio. Recordatorio del orden habitual de las cosas. La canción y la imagen dejaban paso a lo cotidiano. En su casa, entre el olor a ropa húmeda que humeaba con la plancha, Éliisa nunca se acordaba de ellas.

Se sentaba cerca de la estufa, en torno a cuyo tubo, de peculiar forma, había una corona de planchas. Abría un libro y se aprendía la lección. Con los codos en las rodillas y las manos en las sienes, leía frases aparentemente desprovistas de sentido que se esforzaba en repetir con la vista clavada en un volante de hilo que se desarrugaba entre el leve vaho, ondeaba, volvía a plegarse con elegancia obedeciendo a los gestos de la planchadora.

Victorine agarraba con sus manos pringosas de bebé las pilas de ropa limpia o lanzaba llamadas coléricas a su madre, que estaba en plena faena.

—¡Ay, a ver si se calla! ¡Entretenla un poco!

Entonces Éliisa se ponía a Victorine en las rodillas y la hacía saltar al ritmo de una cancioncilla que hablaba de los caballitos del tiovivo, hasta el momento en que el trote se convertía en galope frenético y echaba hacia atrás a la niña con esa brusquedad sin alborozo de la infancia que exige, inconscientemente, que la hermana más pequeña haga las veces de juguete.

—¡Pero no le des esos meneos! —gritaba la madre.

Entonces, Éliisa, avergonzada, estrechaba a Victorine entre los brazos, la besaba, le estiraba el baby, volvía a peinarla. Cuántas veces, teniéndola así en las rodillas, se había empecinado, por querer ponerla aún más guapa, en sujetar un lazo en aquel pelo demasiado corto de niña pequeña.

Insignificantes y bobalicones recuerdos que se abrían en el corazón de Éliisa convirtiendo su padecer en algo así como un atontamiento. Dolor injertado de malestar. Al enfrentarlo al pasado, el presente se tornaba turbio y escandaloso; era como si las leyes del mundo no rigiesen ya. Había en todo ello algo inadmisibile. Éliisa perdió pie. En realidad, Gilles sólo había salido para charlar con un amigo...

¿Qué hacía ella allí sola en aquella oscuridad fría? La cegó por unos momentos la esperanza y quiso levantarse y volver con sus hijas. Ahora se reprochaba haberlas dejado solas.

Pero no se movió. Miraba en torno, y de todas aquellas formas que anegaba la oscuridad, de aquellas luces veladas de niebla volvía a alzarse una infinita tristeza.

¡Qué más daba que las niñas estuvieran solas! Quería con toda la carne y con todo

el corazón —sólo así sabía querer— a las dos chiquillas rubias, que tenían el pelo de Gilles y los ojos de Éliisa, y al hijo que llevaba dentro y sentía vivir junto a su corazón. Pero esa mujer a la que se puede considerar madre entre las madres no ama al fruto de sus entrañas con carne y corazón de madre. Hijos: prolongación viva de un amor y que no tienen valor pleno sino dentro de la aureola de ese amor... Hijos que vienen del esposo y viven en la casa del esposo.

¿Mujer heñida por completo en carne de esposa? ¿Mujer predestinada a la fundación y la custodia de un hogar? Angustiada y entumecida de frío, refugiada en ese rincón frondoso, bulto menudo y oscuro, un poco más oscuro en esa oscuridad que te rodea, criatura entre todas las demás criaturas, hecha de la misma carne angustiada y dolorida, y acogida, como ellas, a la vida, ¿por qué te iba a haber correspondido a ti la peculiaridad de realizarte según unos presupuestos únicos?

Pero un día, al entrar en el taller estrecho en que trabajaba su padre entre el aroma de las virutas nuevas, vio —temible accidente— a un hombre joven, alto y rubio, de pie en el marco de la puerta. Apretaba contra el pecho un gran brazado de culatas de fusil recién cepilladas.

—¡Gracias, Gilles! Y dile a tu padre que puedes venir por otras tantas la semana que viene.

Y él se despidió del hombre y de la muchacha con esa sonrisa suya ancha y enternecedora.

Éliisa se lo imaginó ahora, en la trastienda de los Goblet, detrás de esa pared en la que estaba apoyada. Era guapo... Aunque era tan alto y tan robusto, seguía pareciendo igual de joven, seguía teniendo el mismo rostro tierno. Hablaba con los Goblet con esa misma sonrisa un poco blanda, disuelta, de la que participaba todo el rostro. Éliisa enderezó el busto y sonrió también, con enamorado orgullo. Suyo era ese hombre... Y lo quería tanto que, pese a todo, tenía perfecto derecho a defenderlo, a conservarlo, suyo... suyo... Y nada importaba... nadie más tenía derecho... ni tan siquiera él... a desvincularlo de ella... Pasase lo que pasase, hubiera pasado lo que hubiera pasado, no había que dar un cuarto al pregonero. Sólo estar alerta y no obrar sino con pequeñas acciones sutiles, y conservarlo inmerso en aquel amor intacto, al que él acabaría por regresar: lo amaba y de un amor así no es posible escaparse...

Se quedó un momento en esa postura, con el busto erguido y los brazos apretados contra el pecho bajo el abrigo entreabierto, en una tensión de porfiado orgullo.

Se abrió la puerta de la tienda. Éliisa oyó la voz de Gilles acabando una frase, la puerta que se cerraba, los pasos de Gilles que seguía carretera arriba.

Otra vez lo iba siguiendo, entre la oscuridad, a pocos metros de distancia.

Las casas se iban espaciando. Éliisa bordeaba largos setos negros a los que se adherían capas de nieve. Otra casa: un cafetín silencioso cuyos cristales empañados no desvelaban nada. Éliisa pensó que la carretera no tardaría en cruzar a campo traviesa... ¿Adónde iría Gilles por estos parajes? Un paseo sin más, a lo mejor... Caminaba deprisa, le costaba seguirlo: con las prisas había salido calzada con unos

zapatos viejos cuyos tacones raídos le hacían dar breves y agotadores resbalones. La nieve se derretía por los caminos y Éliisa caminaba entre un barro helado que calaba el cuero y le humedecía las medias. Pero ¿adónde iba Gilles? ¿Adónde? No hacía tiempo para andar de paseo por el campo, la verdad... Sembrados a derecha e izquierda. Y, de frente, pero lejos aún, las luces de la población más cercana. Giró la cabeza brevemente y clavó los ojos en la dilatada extensión blanca que tenía a la derecha. Cuando desvió la mirada de ella no vio ya la silueta de Gilles. Corrió un poco, pero seguía sin ver nada; no quedaba ya ni una casa, ningún farol iluminaba la carretera... había otro camino cerca, a la izquierda, y otro más, algo más allá... ¿Dónde estaba Gilles? Se sintió sola, tenía frío, estaba cansada. Quería sentarse en cualquier sitio, encima de lo que fuera. Había un montón grande de piedras al borde de la carretera; allí descansó. Quería llamar, vocear con fuerza: «¡Gilles!». Pero sólo lo pensó, no le salió de la boca más que una leve queja apenas audible. «¡Gilles!». Y él estaría parado no muy lejos, y la oiría, y acudiría para ayudarla a levantarse... E irían juntos carretera abajo, él la sujetaría con suavidad por debajo del brazo... en casa, en la dulce tibieza de la última hora de la tarde, tomarían juntos ese café que ella prepararía nada más llegar... rodearían el tazón con las manos para que el calor les subiera despacio por los dedos...

Pero qué ridiculez haber salido así... sin abrigarse siquiera... ¡En su estado! ¡Y no había servido para nada! ¡Para nada! ¡No era fácil, no, enterarse de algo! Se cree una que basta con seguir a alguien y que, de esa forma, se hará la luz con toda naturalidad... Y ahora estaba allí, sola, sentada en un montón de piedras, cansada y aterida, con un amor que pesaba algo más de la cuenta.

Había que desandar la carretera aquella... Se levantó. Con cada paso movía los dedos de los pies dentro de los zapatos llenos de agua, pero no le entraban en calor... Las niñas se habían quedado solas... Lo más seguro es que estuvieran asustadas... A lo mejor estaban llorando, gritando de miedo. ¿Cuánto tiempo hacía que las había dejado? Una hora... dos horas... ¡más quizá! No, seguramente no: se hace muy largo eso de estar esperando a solas en un bosquecillo... e ir carretera arriba con aquel frío se hace eterno. Pero la verdad es que desde aquellos campos hasta su casa no había más de media hora... ¡Vamos, adelante! Y tener los pies helados y estar cansada y caminar así por la carretera oscura y desierta... ¿qué importancia tiene? Eso no es nada en la vida, nada en absoluto. Suspiró. Ay, Gilles... Esta vez lo dijo en voz baja, pero con toda claridad.

Y así fue cruzando los campos. Divisó la luz de la primera casa. No había nadie fuera. Sí... Un hombre apoyado en la pared, se veía el punto luminoso del cigarrillo. Cuando Éliisa llegó a su altura, él alargó la mano como si quisiera agarrarla al pasar. Pero la miró, contuvo el ademán y exclamó, con un silbido de asombro:

—Caramba... no nos hemos privado de nada, ¿eh?

Éliisa no dijo nada; lo miró sin detenerse con una amplia sonrisa apacible.

El hombre la siguió con la mirada: se alejaba, un poco torpe, pero con paso

regular, seguro. No tardó en perderla de vista cuando se la tragó la oscuridad circundante.

Gilles volvió a las ocho, con las mejillas rojas de frío y la nieve derretida chispeándole en la chaqueta.

—¡Vaya tiempesito! —dijo, sacudiéndose un poco en el umbral.

—¡Bien has tomado el aire! —dijo Éliisa—. ¿Adónde has ido?

—Primero he estado un ratito en casa de Goblet... luego me he llegado hasta el centro, por aquello de ver un poco de movimiento...

—¡Ya!

Volvió a verlo, en el acto, saliendo de la panadería y caminando por la carretera en dirección contraria a la ciudad.

—Tienes los zapatos empapados... Quítatelos...

Cogió de detrás del fogón unas zapatillas calientes y se las alargó:

—¿Te has calado así andando por el centro?

—No... pero con venir por la carretera ya basta.

—Sí, claro...

Gilles se despereza, estira las piernas, mueve un poco los pies dentro de las zapatillas calientes:

—Qué bueno hace aquí... —dice—. Tengo hambre...

—Ya está la cena.

Después de cenar, rebuscó en el bolsillo mientras decía:

—Te he traído una cosa.

Y le tendió a Éliisa una bolsa de caramelos.

—Qué detalle... —dijo ella con voz contenida. Y se levantó para darle un beso. Se recostó en él, un poco pesada y, de pronto, entregada.

Gilles acarició, como hacía a veces, la tela de la blusa y le alzó los hermosos pechos con un pausado gesto de la mano.

Éliisa, con la cabeza contra el hombro de él, no se movía, maravillada de aquel bienestar.

No había quien lo entendiera... Ahora estaba cariñoso, tierno, como siempre... Se había acordado de ella, le había comprado caramelos... ¿Por qué mentía y decía que había ido al centro? Había algo misterioso, y ella no podía saber qué, pero a lo mejor no era nada malo.

Estaba tan cansada... Tras aquella caminata rápida por los caminos, había lavado a las niñas y las había metido en la cama; había hecho a toda prisa una serie de menudas tareas domésticas para que todo estuviese a punto cuando regresase Gilles.

Ahora, le habría gustado no moverse más, no pensar, quedarse así, pegada a él, y que se adueñase de ella el sueño en ese preciso instante en que se le entreabrían los labios sobre el cuello de Gilles para esos besitos húmedos que le daba cada poco.

Movimiento de la mano de Gilles, besos de Éliisa, caricias habituales que, de



pronto, enlazaban el presente con un pasado de ternura y seguridad en el que cada instante, cada palabra, cada gesto eran benéficos.

—Vámonos a la cama, Éliisa, bonita...

Las manos resbalan por los hombros y se apartan de ellos. Los brazos de Éliisa sueltan a Gilles y dejan escapar el hechizo.

Quita los zapatos del charquito que han dejado y los pone a secar. Con ellos ha pisado Gilles el barro gris y helado de los campos cubiertos de nieve... ¿En dónde se detuvo? Destino desconocido. ¿Victorine? Victorine... Gilles y Victorine...

—¿No subes?

—Sí... ya voy...

En la cama, él no le da la espalda en el acto. Se queda arrimado a ella y dice esas palabras breves, peculiares, anticipadoras, que Éliisa conoce tan bien. Nota sus manos, que la buscan.

Al notar que ella se echa hacia atrás levemente, le dice:

—¿Te da miedo? ¿Por el niño? No hay peligro, ya lo sabes...

—¿Por qué no has querido nada esta mañana, como siempre?

—¡Vaya usted a saber...!

Se inclina de pronto sobre ella y le parece verle en la mirada algo así como un resplandor de venganza, o una frustración demasiado intensa.

Nada de torpezas... tienes que dejar que vuelva a ti con el pretexto que sea... Nada de falso amor propio... ¿Amor propio? Ni un ápice. Ese sentimiento nada tiene que ver con el amor. Ahora mismo, pese a todo, en quien está pensando es en ti... y sabes bien que dentro de un rato, fueren cuales fueren sus pensamientos o los tuyos, serás tú quien mandes en él... «Y, además, se ha acordado de mí. Me ha traído caramelos...». Y se enternece, le sonrío en la oscuridad que apenas turba el fulgor de la lamparilla. No, no te acuerdes más de la carretera llena de barro, ni de los campos enigmáticos, ni de las luces de la población más cercana preñadas quizá de secretos...

Que tus pensamientos resbalen furtivamente por esas imágenes dolorosas y se detengan en el momento en que te alargó esa bolsita de papel amarillo. «Me ha traído caramelos...». Ese regalo, devuélveselo por centuplicado... Más aún, bríndate por completo... Y las manos de Éliisa se deslizan bajo la tela; buscan y, luego, acarician esa piel desnuda cuyos mínimos defectos conoce.

Hizo como si nada pesado tuviese en el corazón, a no ser esa alegría dolorosa y agotadora que todo amor lleva consigo.

¿Y ahora? Gilles le ha dado la espalda y duerme profundamente. Y Éliisa, con ese sabor a ceniza en la garganta, mira la ventana eternamente glauca y el resplandor amarillento que la lamparilla lanza sobre los objetos. Mañana habrá que seguir sufriendo. Buscar, descubrir, esperar o desesperar. Y recordar sin tregua esos ojos raros, cargados de cosas desconocidas, que brillaban en medio de los ademanes familiares. Gilles ya no me quiere... y qué triste es el mundo...

## VI

Pocos días después, Éliisa volvió a ver a Victorine. Era su día libre, dijo que alguien se había hecho cargo de su trabajo en la tienda y que por eso había podido subir una mañana para decirle hola.

Hablaba puesta de codos en el aparador de la cocina. Con aquel colorete barato arrebolándole la cara, aquel zorro negro de imitación y aquel sombrero ancho de paja —un sombrero así se puede llevar lo mismo en invierno que en verano— no tenía ya ni lozanía ni belleza.

Éliisa la miraba tristemente. Le habría gustado decirle que, con esa elegancia de pacotilla, daba pena verla. ¡Pero parecía tan orgullosa de aquellos andrajos!

Éliisa empezó a fregar los platos mientras escuchaba la charla de Victorine, con la cabeza inclinada sobre la tarea.

De pronto, la interrumpió:

—Anda... el domingo estuve a punto de pasar por casa. Seguro que papá y mamá no habían salido... ¿Tú estabas?

—No, fui a casa de mi amiga... esa que acaba de casarse, ya sabes. No volví hasta eso de las ocho.

—Sí, la conozco. ¿Dónde vive ahora?

—Por allá arriba... —y, con la barbilla, apuntaba en dirección a la población más próxima—. Ya sabes, pasada la granja, en la carretera nueva. Han hecho ahí unas cuantas casitas... ¿Sabes dónde te digo?

Éliisa volvió, una vez más, a ver los campos en la oscuridad y, más allá, el grupo de luces que, de pronto, en su mente, se acercó, creció hasta borrar todo lo demás. Y se vio de pronto a la entrada de la población, en la esquina de la avenida nueva, y allí vio, apoyado en la pared, a Gilles esperando a que Victorine saliese de casa de su amiga.

—Ya me doy cuenta... ya me doy cuenta... —dijo. Y se apuntó un tanto.

Bueno... pues una cree que no ha servido de nada... y, al cabo, unas cuantas luces anodinas apartan los campos blanquecinos de los horizontes de sombra, se van concretando, se cargan de confianzas y lo iluminan todo...

... Larga caminata a pie para regresar a la ciudad por el lado contrario; el aire está helado, cargado de nieve. Hay que caminar deprisa, muy juntos... Pero no hay quien se pare con un tiempo así: a Éliisa se le escapa un suspiro; no puede contener esa mínima señal de un profundo alivio.

Alza la cara hacia Victorine; la joven no ha parado de hablar, pero Éliisa no sabe en realidad qué más le ha estado contando.

—¡Las once! Me voy —dice—. Tengo recados que hacer.

Éliisa la acompaña hasta la verja del jardín.

—Ya no queda nada de nieve. Los caminos están limpios... ¡qué suerte! —comenta Victorine, mirándose los zapatitos estrechos.

Parada en la carretera, charla un poco más. Éliisa apoya los brazos cruzados en la barra de la cerca y mira a Victorine: bajo la luz cruda, se le nota aún más el colorete. Pobre Victorine, con ese sombrero cuya ala, demasiado ancha, ondula con cada uno de sus gestos...

Dos operarios van carretera abajo, silbando entre dientes; llegan a la altura de ambas mujeres. El que lleva en bandolera una bolsa de tela le lanza una mirada burlona a Victorine.

—¡Eh, tú, Mistinguett! —le suelta, dándole un codazo al otro. Y siguen andando sin dejar de silbar.

Éliisa suelta la carcajada... doblando la cabeza sobre los brazos, no consigue dejar de reírse... Victorine, con cara ofendida, se encoge de hombros mirando a Éliisa.

—¡Vaya majadería! —dice. Y se va.

—¡Espera! —dice Éliisa, intentado calmarse—. ¡Victorine! ¡Adiós!

La otra se da la vuelta:

—¡Adiós! Vengo a cenar el domingo... Dales un beso a las niñas... y saluda a Gilles...

—De tu parte —grita Éliisa. Y vuelve a echarse a reír, inclinada sobre la valla.

Se mete en casa, se sienta de lado en el filo de la mesa, se seca los ojos con un pico del delantal. Vamos a ver... ya está bien de reírse... «¡Eh, tú... Mistinguett!». No, no puede pararse... Y sigue riendo, con menor violencia, con una risa leve, nerviosa y dolorida.

## VII

«Vengo a cenar el domingo...». Vino y cenaron deprisa: había unas cuantas casetas de feria en la plaza e iban a llegarse hasta allí; era temprano, se llevaban a las niñas.

En el tiro al blanco Flobert el que diese a la pelotita que bailaba encima del surtidor se llevaba una flor roja de celuloide. Gilles ganó tres. Las niñas dieron una vuelta en el tiiovivo. Victorine lanzó unas cuantas anillas: quería una mascota de yeso pintado, pero no ganó nada. Gilles compró dos barras de guirlache, una para Éliisa y otra para Victorine, y una bolsa de buñuelos para todo el mundo. Todavía no habían ido a la caseta del fotógrafo. Éliisa no quiso entrar; Gilles insistía: ¿que no quería hacerse fotos ahora? Bueno, pues escogerían uno de esos cómicos telones pintados... lo único que tenía que hacer era asomar la cabeza por el agujero... sólo se le vería la cara...

Ella seguía negándose. «La verdad, eso de los tres en la misma foto...», pensaba. Y, además, estaba triste, la plaza estaba triste... y las casetas, las luces y todo lo demás. Se notó algo más aliviada cuando decidieron volver a casa.

Cuando Gilles se encontraba con algún amigo, le enseñaba las flores:

—¡Las he ganado! ¡Una detrás de otra!

Victorine caminaba a su lado; ya no llevaba la pame-la de tul, sino un sombrero pequeño hecho con tres triángulos de raso negro y un pompón muy grande encima; parecía un bonete de cura graciosamente colocado sobre los ricillos del pelo. Caminaba ágilmente subida en los tacones altos; el abrigo estrecho se le ceñía y le marcaba las lindas nalgas menudas.

Atrajo la mano de Gilles en la que éste llevaba las flores artificiales:

—Trae... a ver cómo queda...

Y, por un momento, sujetó la mano y las flores contra la solapa del abrigo.

—Queda bien... —dijo él—. Para ti...

Ella se prendió los tallos de alambre en el ojal de arriba del abrigo.

Un poco rezagada, los seguía Éliisa, con el vientre hacia fuera y los brazos hacia atrás, tirando de una niña con cada mano.

Había remitido algo el frío desde hacía unos días. La carretera rebosaba de gente y de luz. Todo el mundo estaba alegre; no había más que cuatro o cinco casetas, pero eso bastaba para ponerle a uno cuerpo de verbena, entraban ganas de pasárselo bien. Había quien compraba algo más de embutido y volvía a pasarse por la pastelería para coger una tarta. La gente se paraba en los cafés, las pianolas tocaban y la clientela bailaba un rato. Se intercambiaban bromas mientras se robaba un buñuelo espolvoreado de azúcar o una patata frita larga y dorada del cucurucho del vecino. Quienes se quedaban junto a las casetas creían que los que se alejaban de la plaza dejaban atrás la fiesta, pero la fiesta subía despacio con ellos por toda la carretera.

Al llegar ante la verja de la casa, Gilles dijo:

—¿Y si nos quedáramos un rato más? Podríamos ir también a beber algo... un poco más arriba. No es tarde.

Élisa habría preferido volver a casa; por lo demás, ya había pasado la hora de meter a las niñas en la cama; sin embargo, enseguida aceptó.

Allí también estaban bailando. Élisa tomó asiento en el banco del fondo, entre las dos niñas. Gilles y Victorine se sentaron frente a ella.

Desde hacía una temporada, a Élisa le daba náuseas la cerveza de los cafés, más amarga que la casera. Pero no era de extrañar. Y cuando una sabe de dónde viene el malestar, no merece la pena comentarlo y se bebe una la cerveza pese a todo.

Gilles y Victorine se levantaron para ir a bailar. Élisa no se perdía ni uno de sus gestos: pasaban ante ella, como todos los demás; pero entre todos aquellos individuos altos y guapos que bailaban, Gilles era, también en esta ocasión, el más guapo.

En la mesa de al lado estaba un compañero de fábrica de Gilles.

—¿Qué tal, Élisa? ¿Cómo estás? —preguntó.

—Bien. Y vosotros, ¿alguna novedad?

—Pues ya estamos decididos a irnos al extranjero... Gilles también habría podido irse, un buen obrero como él, una lástima...

Sí, se lo habían propuesto de los primeros.

Élisa se acordaba. Había vuelto un día de la fábrica con la noticia: había lejos, muy lejos, una fábrica que funcionaba mal; Élisa no sabía muy bien dónde, más allá de donde se acababa Francia, más allá de la frontera italiana. Necesitaban obreros de por allí, los mejores, por lo visto, para el metal. Había un acuerdo entre esta fábrica y la de allá: uno se iba con un contrato unos cuantos años y luego regresaba, con dinero, y, encima, recuperaba el puesto de trabajo de aquí...

Según se lo iba explicando Gilles, Élisa se iba entusiasmando más y más. Una barriada pequeña construida ex profeso para los obreros, una casita preciosa con mucha luz; les darían casa gratis y todo el mundo tenía jardín... Y, además, ¡qué clima! Siempre había sol, en invierno y en verano. Y fruta... el kilo de uvas valía un franco; y montones de flores.

«Y a lo mejor incluso crecen las mimosas directamente en la tierra», había dicho Élisa.

Pues sí, a lo mejor... ¿por qué no? Bien es verdad que era menester trabajar duro y había quien decía que con esos calores... pero el trabajo nunca había matado a nadie, aseguraba Gilles; incluso a pleno sol, añadía riéndose. Y además —metiendo las palmas de las manos bajo las axilas, se daba golpecitos con los dedos en el torso—, ¡de lo que se trata es de que allí vean lo que sabemos hacer los obreros del norte! Siguieron hablando del asunto mucho rato. Verían esto... Y él haría lo de más allá... Estaban jubilosos. Élisa le puso las manos en los hombros a Gilles y lo obligó a dar unos cuantos pasos de vals —dos o tres vueltas llenas de gozo— tropezando con los muebles porque la cocina era pequeña. Sin resuello y un poco más calmados, se sentaron uno a cada lado de la mesa, sin decir nada, imaginando de todo. De repente,

dijo Gilles:

—¿Y las palomas? Bueno... a lo mejor puedo llevarme a la más vieja, esa rojiza de ahí...

—¡Pero si ya no vuela! ¡Ya no le dan premios!

—Es la que más quiero —contestó él bajito, rascándose brevemente la barbilla.

Por la mañana anduvieron con prisas y no volvieron a mencionar el tema. Tras haberse ido Gilles, Éliisa se notó un poco rara, le quedaba algo así como la impresión de un sueño sin consistencia. Miraba los muebles, las baldosas, el jardín. Los humos de los altos hornos salían en grandes torbellinos amarillentos, se estancaban algo más arriba y, luego, lánguidamente, se extendían por doquier, casi invisibles, ensuciando el aire con neblinas grises y olores; los árboles crecían mal; aquel verano no le habían salido las hojas a uno de los ciruelos y, al fondo del jardín, el árbol estiraba sus largas ramas negras que habían muerto envenenadas. Un sol sin brillo nimbaba con suavidad los tonos grises, amarillos, violáceos de la tierra inhóspita. Éliisa miraba su casa, su jardín, su sol, con arremetidas de lágrimas que se le detenían en la punta de las pestañas.

Gilles volvió; no decía nada. Fue Éliisa quien preguntó:

—¿Has contestado ya para..., cómo se dice, bueno... para eso del extranjero?

—No, no es cosa para decidirla así como así... he dicho que tenía que pensarlo. Porque es que... vamos... —se pasaba la mano por la cara, se revolvía un poco el pelo—. ¿Tú lo has estado pensando?

Y, de pronto, la miró a los ojos, brindándole las pupilas claras rebosantes de una opinión muy concreta. Ella lo entendió enseguida y se abalanzó hacia él, trémula de gozo:

—¡Gilles, tú tampoco tienes ganas de irte! ¡No nos vamos! ¿A que no? ¡Nos quedamos aquí!

Fueron, luego, hacia la ventana y se quedaron allí un ratito, de pie, hombro con hombro, frente a la ventana abierta de par en par al aire venenoso: ambos, con una amplia y única mirada circular, recorrieron ese entorno que habían estado a punto de perder.

Sí, Éliisa lo recordaba todo... Y, ahora, fíjate cómo andan las cosas... Sentada en aquel café, miraba cómo bailaban Gilles y Victorine al ritmo de una música átona, mecánica...

Y en el caso de que volvieran a proponerle a Gilles que se fuera (a lo mejor ya se lo habían propuesto), ni siquiera se lo diría. Y eso que, sin embargo, ahora ya no le importaba nada todo lo que la había disuadido entonces.

Éliisa se bebía la cerveza a traguitos muy seguidos para terminarla cuanto antes; contestaba distraídamente al hombre que le estaba hablando, mientras seguía con la vista a los que bailaban.

Volvieron a la mesa, iban a descansar un rato. Victorine tenía un poco de calor. Debajo de ambos brazos, se veían, en la seda azul pálido del vestido, dos pequeños

redondeles húmedos; la tela estaba un poco arrugada en el hombro, en el lugar en que Gilles había apoyado la mano; tenía la cara sonrosada y el pelo algo revuelto: le sentaba bien, estaba guapa.

El compañero que se iba a marchar había arrimado la silla a la mesa de ellos; charlaron un rato todos juntos.

Se reanudó la música. Gilles estaba a punto de ponerse de pie para seguir bailando cuando uno de los jóvenes que andaban por allí se acercó a la muchacha y dijo, con una sonrisa rara:

—Ahora conmigo, Victorine...

Ella se levantó. Gilles pareció contrariado. Movi6 un poco la silla y se sent6 de lado para verlos mejor.

Se movían con una suerte de languidez, pegando los cuerpos desde los hombros hasta las rodillas. Y cuando el hombre hablaba a Victorine, le rozaba la mejilla con el ment6n. Eran los únicos que bailaban así; por aqu6 la verdad es que no era costumbre.

Élisa lo había notado enseguida. Pero ya no los miraba a ellos, sino a Gilles, que estaba como anonadado; de repente se le había ido al garete toda la alegr6a. Élisa no se perdía ni uno de los cambios de aquel rostro: ahora le temblaban un poco los labios... crispaba las mand6bulas nerviosamente. «La quiere...», pens6. «¡C6mo la quiere!».

Le dio miedo que ese descontento se convirtiese en ira. Para distraerlo, le habl6; él apenas si le contest6, sin volver la cabeza. Se iba a enfadar... ¿Qué pod6a hacer ella? Ay, Dios mío, s6, se iba a enfadar... Y, como sucedió en el preciso instante en que Élisa esperaba que sucediera, aquel leve respingo que tuvo, de la misma forma que sucede con un ademán al que se ajusta uno por dentro sin llegar a llevarlo a cabo, coincidi6 exactamente con el movimiento de Gilles, que se levant6 de repente. Al volver a pasar por delante de él Victorine por quinta vez, le dijo con voz rabiosa que todo el mundo pudo oír:

—¿No puedes bailar como Dios manda?

Antes de que le diera a Victorine tiempo de contestarle, su pareja le replic6:

—¿Qué pasa? ¿Es que tienes que defender el honor de la familia? ¡A ver si te metes en lo que te importa!

Lo dijo a medias molesto y a medias bromeando, al no saber c6mo interpretar el comentario de Gilles. Y ya se disponía a seguir bailando, sin soltar a Victorine. Pero Gilles se abalanz6 hacia él, lo apart6 bruscamente de la joven y dijo, golpeando al hombre en el rostro:

—¡Ya te voy yo a cerrar la boca!

Éste le devolvi6 el golpe; separaron en el acto a ambos, como suele hacerse, recomendándoles que no perdieran la calma, pero Gilles se revolvía, asegurando que en aquel asunto no tenía que meterse nadie, que era algo entre aquel grosero y él...

Élisa se había quedado sentada, muy pálida, con una mano puesta en cada niña, como para impedir que se asustasen. Se levant6 y separ6 un poco la mesa para poder

pasar.

—Gilles, por favor, ven a sentarte...

La miró con ojos de borracho, como si se preguntase qué hacía allí; pero sólo fue por unos segundos. La siguió dócilmente hasta la mesa.

Todo el mundo volvió a su sitio. El dueño del café se había acercado y le palmeaba amistosamente el hombro a Gilles:

—¿Ya se te ha pasado, chico? Pero ¿qué te ha dado? ¿Qué pasa? ¿Que no quieres que los jóvenes se diviertan? Pobre Victorine. Ahora voy a bailar yo con ella, ¿te parece bien, Gilles, muchacho?

Pero él ni siquiera lo oía; parecía muy malparado y miraba con ojos húmedos la mano que Victorine tenía apoyada encima de la mesa.

«Está perdiendo del todo la cabeza», pensó Éliisa. Y, al tiempo, dijo:

—No... nos vamos a casa... vale más... Paga, Gilles.

A la salida, Gilles le hacía reproches a Victorine con tono quejumbroso.

—... Nadie estaba bailando así... ¡Nadie!

—¡Pero yo lo que quiero saber es qué estaba haciendo que estuviese mal!

La voz de Gilles era cada vez más nerviosa:

—Nunca quieres entender nada... Siempre hay que...

Una auténtica pelea de enamorados. Éliisa se sentía de más.

Habían llegado delante de la casa. Éliisa empujó la verja, bajó unos cuantos peldaños.

—Mejor será que la acompañe a casa... —gritó Gilles, que ya se estaba marchando con Victorine.

Éliisa no se lo esperaba... había creído que venían detrás de ella... Se quedó sin voz. Se recobró, volvió a subir los escalones.

Las niñas le tiraban de los brazos.

—Mamááá... vamos a casa.

—Sí... ya vamos.

Se había quedado delante de la cerca entreabierta, con aquel peso en cada mano y la boca crispada, escudriñando con la mirada la oscuridad de la carretera en la que ya no se los divisaba. «Pelea de enamorados... ya sabemos en qué terminan esas peleas...».

Las niñas duermen, todo está en orden. Gilles todavía no ha vuelto...

Éliisa espera, sentada en la cocina; el bulto del vientre le hace separar las rodillas y la tela de la falda se ahueca; en ese hondo regazo tiene las desvalidas manos.

«Sí, ya estamos decididos... nos vamos al extranjero... Gilles también habría podido...». Y ahora ya es demasiado tarde... Y ahora aquí está ella, en la cocina, esperando a Gilles... Estar lejos... Estar aquí...

¡Podría haber provocado otros acontecimientos, diferentes de estos de ahora!  
¡Cambiar de lugar en el mundo! ¡Ir de la comarca negra en la que vive Victorine a



una tierra repleta de luz del sol! ¡Podría haber conocido a otras gentes! ¿Otras tierras...? ¿Otras personas... otros acontecimientos... otros mundos? Tierras rojizas y pantanosas, campos dorados, pobres o cubiertos de nieve. Colinas suaves y verdeantes, montañas yermas y azuladas. Selvas vírgenes de los libros de geografía y sotos en que se cortan lirios del valle en los domingos de junio. Pomaradas y olivares. Obreros altos, rubios y taciturnos, como Gilles; y otros más bajos, morenos, charlatanes... Victorine aquí; y, en otra parte, muchachas rubias o morenas, Berthe, Edmée o Marie... Ir de un mundo a otro... ¿En eso consiste el mundo? ¿No será más bien algo muy pequeño, invisible, confuso, hundido en nuestras entrañas y que llevamos siempre con nosotros? Estar lejos... estar aquí... ¿no es cierto, Éliisa?

Es posible que no esté pensando esas frases, pero, no obstante, eso es exactamente lo que expresan esos suspiros largos y hondos, esa torpe inmovilidad, esos ojos cargados, clavados en una de las bolas niqueladas del fogón. Cada cual tiene su forma de pensar.

## VIII

Este año, el final de enero es templado; podría pensarse que ya se ha acabado el invierno.

Pero febrero concluye con un frío rudo, seco, sin nieve ni lluvia. La tierra del jardín está tan dura que retumba bajo los pasos de Éliisa y se resquebraja un poco en las inmediaciones de la placa de hielo que se extiende contra la pared, debajo del grifo que cierra mal. Luego se pone a llover insistentemente, casi sin parar, durante varios días.

Y, de pronto, de un día para otro, el sol empieza a brillar a ratos, metiendo entre la lluvia intensos reflejos húmedos. Vaya tiempo tan raro, la verdad, no sabe uno a qué carta quedarse... Se abre el sol despacio encima del jardín, como un abanico, y entonces de esa tierra húmeda suben grávidas bocanadas de primavera. Pero se acumulan las nubes, el haz de sol se vuelve a plegar y, sí, hace frío... todavía estamos en invierno. Pero un cuarto de hora después vuelve a ser primavera; y esos anticipos de alegría y amor que suben de la tierra hieren a Éliisa.

Está esa prolongada secuencia de días en que espera ansiosamente a que Gilles regrese, en que acecha los mínimos gestos de ternura que tiene con ella, en que se entera de que no lo han visto en ese sitio en que dice que ha estado.

Están esas noches todas iguales en que Éliisa se queda despierta de dolor mirando cómo duerme Gilles. Acerca las manos a él, lo roza levemente, arrima la cara muy despacio para no despertarlo: como una gata escudriñadora descubre en ese cuerpo un olor ajeno.

Y está ese día en que, según baja del dormitorio, ve en las baldosas del suelo de la cocina cómo sus sombras se separan de repente.

Y el domingo ese en que Gilles se va antes para asistir a una reunión con los compañeros de la fábrica. Se encontrarán en casa de los padres de Éliisa: cuando ésta llega, él ya está allí, los padres han salido, el vestido de Victorine está curiosamente arrugado, Gilles tiene esa cara especial que Éliisa conoce tan bien y, por vez primera, le da un poco de asco.

Y aquel otro día en que Gilles vuelve con la marca de una herida pequeña en el labio que deja mucha más cicatriz en el corazón de Éliisa que en labio de él.

Se pregunta a veces si no debería hablar francamente con Gilles o con Victorine, interponerse ferozmente. Pero conoce a Gilles... a lo mejor se iba... lo nota tan enganchado que sería capaz de dejarla y de irse a vivir con Victorine. Mientras que tal y como están las cosas, todo está en el aire, los lazos son débiles... pero nada se ha quebrado de forma irremediable... Vive con ella, duerme junto a ella... le da un beso cuando vuelve; y ella le prepara la comida y le habla... está ahí, todavía es suyo. Si el drama no deja de ser un secreto, le será dada la posibilidad de volver a construirlo todo. ¡Ay, qué esperanza esta, que la ayuda a vivir, a luchar sola y sin

flaqueza! ¡Qué fe tiene en el amor que siente por él! Un amor que nunca ha dejado de alzarla en vilo como una ola cuando oye a Gilles bajar los peldaños de la escalera de hormigón...

Cada vez está más torpe; después de pasarse todo el día haciendo faenas domésticas, las piernas hinchadas no tienen ya fuerza para caminar. Esos miembros que se han vuelto tan pesados, ese cuerpo rendido y deformado son una rémora para la tarea que se ha impuesto... Se avergüenza de su debilidad... Pero pronto va a volver a ser ágil, esbelta, bonita... Ve el alumbramiento como una esperanza nueva, y lo espera con paciencia, replegada sobre sí misma, un tanto amodorrada, tirando de ese cuerpo anquilosado y ese dolor estancado.

Parió al fin; fue un parto largo y difícil. Pero padecer, sentir ese dolor que separa las piernas como si el cuerpo fuera a desgarrarse en dos mitades no es nada para una mujer como Éliisa. Bien sabido es que ese sufrimiento sólo va a durar unas horas: llega, se detiene, vuelve a la carga, crece y desaparece de pronto para no volver más.

Pero, algo después, con el cuerpo liberado y el pálido rostro un poco más pálido aún, está en la cama con un nuevo niño en los brazos; y ahora es cuando empieza el suplicio.

Victorine viene todas las noches a hacer las tareas domésticas, a prepararle la comida a Gilles. Están ambos abajo, en la cocina. Éliisa los oye hablar, mover cosas, Victorine anda trasteando con unos platos...

Ahora Éliisa ya no oye nada; alzando un poco la cabeza, se queda quieta, en intranquila tensión... le late tan fuerte el corazón que la repercusión del latido en las sienes le enturbia el silencio... por fin vuelve a oírse ruido... Éliisa deja caer la cabeza; la frente y las manos le chorrean de sudor, jadea dos o tres veces más, luego se calma y vuelve a oír palabras y pasos. Y, algo después, otro silencio, largo, interminable... los segundos desfilan por el corazón de Éliisa... ¿Y ese silencio que no se acaba nunca...? Otra vez tiene el cuerpo empapado, como si lo arropase de pronto la fiebre. Libera despacio el brazo que sostenía al niño, con las manos húmedas soba nerviosamente el borde de las mantas... Ha gritado: «¡Gilles!»... el grito le ha salido involuntariamente del corazón angustiado.

Gilles sube:

—¿Qué quieres, Éliisa?

—Dame un poco de agua... estoy muy acalorada...

Lo observa; tiene una cara normal; ha entrado en el cuarto masticando aún un bocado... Estaba comiendo... estaban comiendo en silencio, y nada más.

Bebe, vuelve a tenderse en la cama, agotada; cierra los ojos un ratito, los vuelve a abrir:

—Vete a acabar de comer... —dice casi en voz baja, con su voz dulce y desfallecida.

Por la mañana, es la madre de Éliisa la que viene a atender la casa. Durante la mañana, sube muchas veces al dormitorio:

—¿Necesitas algo, hija?

—No, madre...

Élisa mira cómo anda por el cuarto, atareada. Ordena las cosas, dobla las sábanas, lava al niño. Habla poco: no hace falta andar haciendo frases cuando por los ojillos guiñados y risueños se escapa la alegría de tener otro nieto y la satisfacción que da ayudar a los hijos.

La madre de Élisa, la única mujer a quien podría hacer confidencias, pedir que la apoyase y la reconfortase... Y también ahora se le niega esa ayuda... De la misma forma que durante aquella noche de revelación comprendió que de Gilles no podía venirle ayuda alguna, se da cuenta ahora de que a la madre de Victorine no se le puede confesar nada...

—Anda... no queda harina para el niño... ya le diré a Victorine que traiga esta noche; y le daré también unas naranjas para ti.

—Sí, madre... qué bien...

Y la anciana, al mirar a Élisa, puede ver en ese rostro la amplia sonrisa de una madre joven y feliz.

## IX

Habría sido lógico que Éliisa se quedase unos cuantos días más en la cama; pero desde el momento que una puede ya tenerse de pie, para qué andar perdiendo el tiempo acostada... Y aquella tarde se notaba más fuerte. Gilles se había echado en el cuarto de al lado, en la cama de las niñas: esa semana trabajaba en el turno de noche. La madre se había ido hacía mucho rato. Victorine no llegaría hasta más tarde. Nadie iba a impedir a Éliisa que se levantase y hoy iba a ser ella quien le preparase la comida a Gilles. Se escurrió sin ruido fuera de la cama, se echó algo encima, no se calzó de momento por temor a que el ruido de sus pasos despertase a Gilles.

Sacó al bebé de la cuna y lo dejó en la cama. El capazo de mimbre pesaba poco, lo bajó a la cocina, juntó dos sillas para colocarlo encima y subió a buscar al niño. Esta vez, al poner el pie en el primer peldaño sintió un leve vahído; se debía sin duda a que ahora llevaba un peso vivo. Medrosa, bajó despacio, sin separar la mano libre de la pared.

Por fin iba a poder hacerse cargo otra vez de todo: estaba harta de aquellas manos extrañas que le cuidaban la casa... Empujó una silla contra la pared, hasta su sitio de costumbre; movió un poco la mesa para que estuviera exactamente en el centro de la cocina, abrió la puerta que daba al cuarto contiguo: se quedó un rato mirando los muebles de madera encerada, los adornos, la pantalla de seda naranja. Era una habitación en la que no solían entrar, pero Éliisa la cuidaba amorosamente; todas las semanas daba cera a los muebles, fregaba el suelo y resultaba muy agradable saber que tenían allí un cuarto siempre limpio, un poco más lujoso que los demás. Si llegaba un amigo sin avisar, se le podía decir tranquilamente: «pase a la habitación de delante»; además, a la derecha de la ventana, había una puerta que daba directamente a la calle y se podía entrar sin pasar por la cocina. Hoy había algo de polvo en los muebles. Ya se ocuparía de eso Éliisa mañana... Volvió a cerrar la puerta, se sentó un momento junto a la cuna; tras ese primer esfuerzo se notaba un poco cansada; tenía que volver a adaptarse despacio, sentarse un poco entre faena y faena... pero dentro de unos minutos volvería a sentirse fuerte. Miró al niño: «Gillou, Gillou...», decía Gilles cuando se inclinaba sobre el bebé; al acordarse de eso, se le alegró algo el corazón a Éliisa: no había dejado de querer a las niñas; a éste le sonreía con ternura. Era un presagio dichoso; aún había bondad dentro de él, nada estaba perdido...

—Gillou —le dijo ella también al niño dormido; luego se puso de pie para preparar la comida.

—¡Anda! ¿Te has levantado? —dijo Victorine que acaba de entrar—. ¡Lo que menos me imaginaba yo!

—Me noté con fuerzas... no puede una quedarse toda la vida en la cama...

Victorine venía con las gemelas; desde hacía unos días asistían a la escuela de párvulos.

—Mañana —les dijo Éliisa— saldréis de la escuela con los demás niños; así volveréis cuando sea aún muy de día... porque Victorine ya no va a tener que molestarse en seguir viniendo... ahora ya estoy buena...

—¿Así que hoy no tengo que preparar nada? —preguntó la joven.

—No... ya tengo puesta a hervir la sopa... Mira, si tienes algo que hacer en casa, te puedes marchar...

Pero Victorine decía que no tenía prisa, que se iba a quedar un rato pese a todo... se le había descosido el bolsillo de parche del vestido, iba a aprovechar para arreglarlo... Pidió hilo y aguja.

—Hay que coserlo a máquina —dijo Éliisa—. Se tarda menos... y queda mejor... ya lo hago yo.

—Pero te vas a cansar.

—¡Qué va! Dame...

Victorine se quitó el vestido y así, en combinación de rayón azul pálido, esbozó un paso de baile y les dijo a las niñas:

—¿Jugamos a las estatuas?

Daba dos o tres vueltas, se paraba de pronto y se quedaba quieta unos instantes en una postura graciosa.

Éliisa veía los hombros desnudos, los pechos altos y redondos que punteaban de rosa el ancho encaje, los muslos largos y delgados que se marcaban bajo la ropa interior. Bajó la cabeza y con cruel turbación hizo correr la tela bajo la aguja de la máquina. ¿Hablarle? ¿Hacerle entender que estaba destruyendo una de las felicidades más hermosas del mundo? ¿Acaso no sabe que todo podría haber dependido de ella? «Eres una mujer, Victorine, como lo soy yo, y ante el deseo de un hombre podías escoger entre todos los comportamientos de la mujer...». ¡Hablarle! Y entonces ella alzaría su peculiar mirada punzante y diría: «¿Yo? Pero ¿qué he hecho yo?».

Porque Victorine es de esos seres que no tienen conciencia de sus actos. Va paseando por la vida su vida irresponsable. Un buen día, porque Gilles estaba ahí, porque el calor era un poco excesivo quizá, a su carne le apeteció ese hombre. Y lo cogió. Y, luego, ¿qué? Pues luego, para Victorine, nada; en eso se queda todo. Luego habría que entender el sentido de las cosas, el sentido de la vida, y a Victorine la vida no la alcanza, nunca le dejará huella en la sonrisa, ni en los ojos, que seguirán siendo por mucho tiempo jóvenes, límpidos, inocentes. Malhechores inconscientes: los más peligrosos de todos los criminales.

Ante un ser así, Éliisa se siente extrañamente inerme: ¿de qué forma se puede hacer mella en Victorine?

La joven no es tonta: Éliisa se acuerda de que en la escuela era de las primeras de la clase (¿a qué otro criterio podría atenerse?). Victorine tiene sentido de la justicia: hay personas pobres, hay personas ricas, es injusto. Sentido que, por cierto, no tiene Éliisa; cuando Gilles le cuenta las reivindicaciones de los compañeros del sindicato, pregunta:

—¿Por qué pedís eso?

—Porque es justo —contesta Gilles.

Entonces ella echa la cabeza un poco hacia atrás y se ríe.

—¿Qué querrá decir «justo»? —dice.

Pero en la situación que ahora le preocupa se da perfecta cuenta de que no intervienen ni la justicia ni la injusticia... que Victorine le haya quitado a Gilles, que Victorine cometa malas acciones, eso Éliisa está dispuesta a entenderlo. Pero lo que le parece monstruoso, inexplicable, es ese aspecto angelical que la joven sigue teniendo. Victorine carece de algo... de algo que, en pleno centro de la maldad, se muestra débil, maltrecho, vulnerado... Algo vencido quizá, pero existente aún y que, a la postre, puede vislumbrarse en lo hondo de la mirada, en todos y cada uno de los gestos. Y, de pronto, Éliisa se dice: «Seguramente es que no tiene corazón y por eso la vida no le deja marcas...».

Y es posible que Éliisa tenga razón.

Le perdonaría que fuera mala... pero ¡cuánto le gustaría verle, en este instante, un rostro criminal! Y no; ahí está, espigada, lozana, pura... arqueando su hermosa carne deshonesto, inmovilizándola en una postura cómica, inocentemente, ante las niñas que ríen a carcajadas.

El vestido está encima de la tabla de la máquina de coser. Pero Victorine no parece tener prisa, sigue jugando. Éliisa coge el vestido y se lo tira bruscamente.

—¡Tápate de una vez! —dice con algo perverso en la voz, porque ella sí tiene corazón y sabe que es capaz de ser mala y reconoce ese sentimiento de odio que acaba de levantarla en vilo de pronto, ese deseo de golpear a Victorine, o quizá incluso de apretar esa garganta, de ahogar esa vida sin envidia, esa vida artificial. Pero también sabe de amor; ha querido a Victorine... y, súbitamente, se le presenta en el pensamiento la imagen de una niña torpe a la que había que apartar de los montones de ropa limpia. Todavía quiere a Victorine...

Se sienta un poco aparte, con los ojos vueltos hacia la ventana por la que apenas si se divisa el jardín en la oscuridad; no tiene ya sino un agobiante deseo de llorar.

—Vete a casa... —dice—. Ya no puedes ayudarme; a lo mejor mamá te necesita.

—De verdad que no tengo prisa. Por mí, esperaría a que se despertase Gilles...

—Vete, Victorine... Mamá estaba muy cansada esta mañana; así le echas una mano... quiero que te vayas.

Hay firmeza en su voz. Victorine se pone despacio el sombrero, el abrigo; tiene una expresión rara, titubea, no se decide a despedirse.

—Mamá debe de estar preocupada... le prometí que volverías temprano... todavía estoy un poco débil... no me pongas nerviosa... te digo que te vayas.

—Que sí... que sí... que ya me voy...

Dice adiós, se encoge de hombros.

—¿Qué más daba que me fuese dentro de media hora...?

## X

Durante la siguiente semana, Gilles cambió: de taciturno pasó a irascible. Volvía tarde casi siempre; apenas si rozaba con los labios la frente de Éliisa que, igual que el primer día, esperaba quieta y con tierna emoción. Dejaba en el poyo de la ventana la cantimplora esmaltada azul y decía:

—¡Un día más! Maldito día...

Se le arrugaba la frente; perdía su buena facha, íntegra y fuerte, de obrero robusto. Por más que Éliisa se mostraba amorosa, llena de atenciones, ninguna sonrisa iluminaba aquella boca mustia; ni ninguna mirada tierna, aquellos ojos cargados. Daba suspiros en que se traslucía más irritación que pena, a menos que se tratase de una aflicción sumida en la ira.

Y, no obstante, Éliisa había vuelto a ser diligente y laboriosa y colmaba los menores deseos de Gilles antes de que los formulase. Había conseguido recobrar un rostro joven y alegre. Probaba, por turnos, una dulce ternura brindada o un discreto y velado amor. Y ahora estaba guapa; de aquel letargo físico de las pasadas semanas sólo le quedaban unos pechos un tanto pesados, henchidos de leche, pero que entonaban bien con aquella carne explayada y hermosa, con aquel cuerpo grande y acogedor que se atrevía a acurrucarse, flexible y tierno, contra el pecho de Gilles, a la espera de que lo estrechasen esos brazos que ahora ya nunca se cerraban.

Los jueves las niñas no tenían escuela. Éliisa aprovechaba esas tardes para hacer unos cuantos recados por los alrededores.

—Al niño ni tocarlo —recomendó—, dejadlo que duerma... yo vuelvo enseguida...

Cogió la bolsa de la compra y abrió la puerta. Fuera se notaba esa primera y dulce tibieza de algunas tardes de finales de marzo. Éliisa se detuvo un momento, miró el suelo: era el tiempo en que habrían debido ocuparse del jardín. Los otros años por aquellas fechas, cuando Gilles volvía, bajaban juntos al jardín y, en la oscuridad progresiva, se mostraban mutuamente los capullos de los árboles, decidían que iban a plantar aquí un sembrado de lechugas, allá otro de rábanos, miraban en qué estado se hallaba la exigua zona de yerba que tenían para las niñas. «El trozo de césped», decía Gilles: «Habrá que echar un puñado de semillas en el trozo de césped... está como raído».

Y aquel año... A lo mejor Gilles también layaba y escardaba y sembraba. Mas ¿qué sentido podrían tener esta vez para Éliisa el manzano florido o las diminutas hojas verde tierno que apuntarían en el mantillo? Vuelve a verse arrodillada en el caminito, con la cabeza inclinada hacia el suelo:

—¿Esto que está asomando, Gilles, son las zanahorias o los rábanos?

Lo decía mal aposta para que Gilles se burlase de ella y le lanzase, enderezando de golpe la regadera, las salpicaduras de un gran chaparrón de gotitas frías. Echaba a correr y él la alcanzaba y la besaba.



—¡Gilles, en medio del jardín!

—¿Qué hay de malo? Eres mi mujer, ¿no?

Y la besaba a más y mejor.

Ahora, al recordarlo, gira levemente la cabeza, de izquierda a derecha, y dice quejumbrosamente:

—Dios mío... Dios mío...

Pasan las semanas... nada progresa. ¡Con las esperanzas que tenía ella puestas en el parto! Es una decepción que debilita un tanto el coraje de Éliisa la grande: todo le parece hoy tan lúgubre en su entorno, tan ajeno a su dolor. ¡Que alguien la escuche y sepa qué es lo que tanto le pesa en el corazón! ¡Que alguien la aconseje y la reconforte! Pero ¿con quién hablar? Ni con su madre, ni con su hermana, ni con su marido... Y se le ocurre que, en los quince días anteriores a la Pascua, en la iglesia, siguiendo la costumbre...

Entra en casa para ponerse el sombrero y avisar a las niñas de que va a estar fuera una hora.

En la plaza, las puertas de la iglesia están de par en par. Unos niños entran en fila; los chicos, con ademán circunspecto, se destocan la cabeza afeitada. Otros salen: se empujan bajo el porche, en torno a la pila de agua bendita, se santiguan con ademán breve, bajan corriendo los peldaños, contentos de volver al aire libre. Las ancianas siempre parecen iguales, entren o salgan.

Éliisa titubea con curioso pudor: depositar este secreto aquí, en pleno centro de la población... Revelar al fin esa llaga aparecida en el seno del matrimonio, en el seno de la familia, formularla por vez primera entre estas paredes que albergan a las niñas todos los domingos... Dar rienda suelta al corazón en este mismo lugar en que Gilles y Éliisa se casaron... No, prefiere seguir andando. Irá un poco más allá, a la iglesia del pueblo de al lado.

Éliisa ha dejado la bolsa de la compra en el reclinatorio, se ha arrodillado y une las manos. Tiene unas cuantas mujeres delante; y así se queda, esperando. Nunca supo rezar; tras unos instantes muy breves, nota que está distraída, que ya no sabe en qué punto se ha quedado, piensa en una infinidad de cosas menudas que se infiltran entre las palabras, detienen su desfilar, sustituyen a la plegaria sin que se haya percatado de ello. Y, cuando se concentra, desgrana oraciones con el rosario o contando con los dedos, se esfuerza en dejarles en el pensamiento sitio libre a las palabras que pronuncia, le da la impresión de estar realizando una tarea mínima y absorbente que no la satisface. Éliisa no es capaz de recogimiento alguno; piensa «Dios» o «Jesús» y, entonces, despacio, se le va abriendo en la mente la imagen de un poder muy grande, confuso y radiante, al que se queda amando varios minutos sin gestos y sin palabras.

Pero hoy la iglesia está llena de gente y de ruidos. Un hombre pasea una escalera del crucifijo al Sagrado Corazón y va velando de morado las imágenes. Al lado de Éliisa, alguien está cambiando de sitio las sillas. Muy cerca, se alzan y se responden

mutuamente los cuchicheos de las fieles y del sacerdote; si se inclinase un poco hacia delante, podría oír los pecados del prójimo...

Con las manos separadas en el reborde del reclinatorio y la cabeza enderezada, mira a su alrededor: santa Genoveva, muy tiesa en su pedestal de terciopelo rojo, con la larga melena suelta. Se le reza para las dolencias de garganta y los males de melancolía... Santa Margarita, dulce virgen con la cabeza agobiada de pedrerías. Socorre a las mujeres de parto... San Antonio, con hábito de estameña y la doble aureola del pelo y el aro de oro. Ayuda a encontrar las cosas que se han perdido... San Roque, bajando los ojos para mirar a su perro, echado; con una mano se alza un pico de la túnica; con la otra, apuntando con un dedo, se señala en la rodilla al aire la ancha herida de escayola. Cura de los mordiscos de los perros rabiosos... San Cristóbal, que adelanta un pie, bastón en mano, y lleva al niño sentado en el hombro. Se le reza para tener un buen viaje...

Y, para el dolor de Éliisa, ¿a quién hay que dirigirse?

Al fondo de la iglesia, en un estrecho pedestal de madera, se yergue, sin flores ni velas, la exigua imagen de un santo cuyo nombre ignora Éliisa. Espigado cuerpo adolescente de escayola nacarada delante de un árbol pardo con tres ramas sin hojas. Alza los brazos, unidos en las muñecas, por encima de la cabeza; apenas si roza el suelo con los pies y tan inmaterial parece esa suave carne desnuda que, a no ser por las ataduras que le ciñen las muñecas y los tobillos, diríase que se alza en levitación desde el suelo en una grácil postura. Tiene un rostro hermoso tan resignado, unos ojos tan inundados de tristeza que debe de saber de todos los padecimientos y de todos los amores... Padecimientos internos que lo impregnan tanto que soporta casi sin sufrir, y más bien como un ornato, las trece flechas que le traspasan los hombros, el costado, la sangría de los brazos, las muñecas... penetran en la carne sin que ésta se desgare ni sangre; no lo hieren, lo melancolizan.

¿Será porque ese dolor sin nombre podría confundirse con el de ella? ¿O será la turbación de su carne enamorada en abstinencia? Éliisa contempla subyugada a ese mártir menudo y anónimo para ella y le parece que la joven garganta de escayola se hincha y palpita como una paloma herida.

Pero ya le ha llegado la vez y acude a arrodillarse ante la cortinilla verde.

Éliisa vuelve al reclinatorio, aparta un poco el bolso, que había dejado en él, se arrodilla de nuevo. «De penitencia, rece diez rosarios». ¿De penitencia? Bien está, luego pensará en ello. Pero ya se le van intercalando otras palabras; las frases del sacerdote le retumban en la cabeza como otros tantos fracasos: «Ante las pruebas que Dios nos envía, guárdese muy mucho de rebelarse contra el Señor... los designios de Dios... Su alma... Y, porque ha sufrido usted... más adelante...».

Como si hubiera pensado ella en algún momento en rebelarse... ¡Y qué más le darán la salvación de su alma y el espectáculo de su vida futura! Lo que esperaba era una ayuda para reconstruir su vida terrenal... que la tranquilizasen diciéndole que,

hasta ahora, había actuado bien y que debía perseverar en esa vía... que la aconsejasen para que Gilles tornase a ella y poder, al fin, volver a crear la vida...

Alzando de nuevo los ojos hacia el adolescente cubierto de flechas, que se va cargando despacio de sombras, Éliisa suspira hondo, alzando los hermosos pechos demasiado abultados. Y ese suspiro que brota de su carne apasionada, de su corazón rebosante de amor y de vida, nada tiene de resignado.

Sí... seguir soportando, y sin rebelarse, la indiferencia de Gilles, pero con la esperanza de que regrese a ella. ¿Y no se estará engañando cuando lo fía todo únicamente en su amor? ¿Tendría que comportarse de otra forma? Eso es lo que necesitaba saber, eso es lo que nadie le ha dicho. Y otra vez se siente sola y desvalida.

Con ademanes un tanto apáticos, guarda el rosario en el monedero, se escurre entre las sillas, sale de la iglesia. ¡Qué tibio es el aire fuera...! Y, no obstante, el sol ya está bajo; pero unos cuantos rayos se insinúan aún, débiles, entre los árboles de la plaza. Éliisa tiene que pasar por la frutería, por la lechería para pagar la cuenta de la semana; y que no se le olvide comprar azúcar y jabón para la colada... Pero, antes que nada, se sienta un momento en el banco que hay a los pies del Cristo adosado al muro de la iglesia; sólo un momento para percatarse de ese crepúsculo tan suave, para que la haga sufrir, quizá, pues esta estación en pleno cambio puebla curiosamente la atmósfera de una mezcolanza de dulzuras nuevas y de reminiscencias. Pues, al tiempo, anuncia otra primavera, vivaz, pero se parece a las primaveras marchitas que quedan en la memoria del corazón.

En la plaza hay hombres, mujeres y niños que juegan. Una muchacha alta y rubia, que lleva unos libros debajo del brazo, pasa ante la iglesia; se para al filo de la acera, cerca del poste de hierro que marca la parada del tranvía; escudriña con mirada inquieta todos los coches que pasan.

Tres chiquillos con disfraces raros salen de una calle: el primero va tocado con un casco colonial; el segundo lleva una pancarta; el tercero una bata blanca y una trompeta en bandolera. ¿Es un anuncio ambulante o se trata de unos niños que se entretienen con un juego estrambótico?

Se abre una puerta; un obrero cruza la plaza corriendo.

Más hombres y más mujeres.

Y, por la noche, parejas lánguidas vendrán a sentarse por turnos en el sitio de Éliisa, en ese mismo banco, a los pies del Cristo. Éliisa lo mira.

Piensa que cuanto está viendo desfila también ante los ojos de este Cristo, y que es posible que la comprendiese mejor quien ve la vida de esa forma y también la está viendo a ella, seguramente, sentada en el banco, agobiada de amor, de sufrimientos, de deseos, impregnada por completo de esa vida que Él le ha dado.

Y, por fin, empieza a rezar:

—¿Verdad que lo he hecho bien hasta ahora y que debo seguir por el mismo camino? Y no debo resignarme ni hallar consuelo en mi sufrimiento. Y si sigo queriendo a Gilles, si padezco esta situación sin hacer nada más violento, ya sabes

que no es por debilidad... pero es la única forma de conservarlo y de poder reconstruirlo todo. Tengo que seguir manteniendo y defendiendo mi amor... Pero, ay Dios mío, socórreme de vez en cuando...

Y tras decir estas palabras en voz muy baja, moviendo apenas los labios, vuelve a mirar por un momento la imagen.

La misma luz moribunda resbala por los miembros de Éliisa y por la cabeza y los brazos de madera policroma; en la sien derecha, brillan tres gotas de sangre que son, por voluntad del artesano, gigantescas, regulares, casi con forma de corazón.

Pero se hace tarde... Éliisa tiene que pasar por la frutería, por la tienda de ultramarinos, por la lechería... Se levanta y se apresura para llegar a casa antes que Gilles.

No valía la pena correr tanto: volvió con dos horas de retraso. Estaba alegre, cosa que llevaba varios días sin sucederle.

Éliisa pensó que los otros días de la semana había visto poco a Victorine, que ésta se habría dedicado a otros... Debían de haber tenido sus más y sus menos... Y Gilles había vuelto temprano, con la cara crispada y el humor irritable.

Hoy habrá pasado mucho rato con ella; debe de haberse mostrado tierna; Gilles debe de creer de nuevo en su fidelidad... Estaba alegre, bromeaba, jugaba con los niños; a lo mejor también hablaba algo con ella durante la velada. Así, de esa dicha que le había dado Victorine, Éliisa recibiría su menguada parte...

## XI

Ese buen humor duró muy poco; dos días apenas. Gilles volvió a estar nervioso, malhumorado, violento incluso si se le llevaba la contraria.

Llegó el día de Pascua: pasaron ese domingo en casa de los padres de Éliisa. Victorine había salido.

—Ha ido a divertirse un rato con la gente joven... —explicó la madre.

La irritación de Gilles había llegado a su colmo: miraba el reloj de pared, vigilaba las idas y venidas de los transeúntes tras los visillos, daba vueltas en el sitio como un perro atado. Éliisa temió por un instante que ese nerviosismo les llamase la atención a los viejos. Pero estaban pendientes de los niños; por lo demás, ¿cómo iban a poder suponer el motivo?, se dijo Éliisa tristemente. Llegó la hora de irse y Victorine aún no había vuelto.

—Tengo que marcharme... por los niños... —dijo Éliisa—. Si quieres quedarte un poco más...

—No —respondió él con rudeza—. Yo también me marchó.

Y se fueron por las calles oscuras. Éliisa llevaba al pequeño; Gilles caminaba a su lado; las dos niñas iban un poco adelantadas. Fueron siguiendo el río. Al ver que las gemelas se divertían caminando al borde mismo del muelle, Gilles tiró de ellas bruscamente por los brazos y dijo la única frase que había de pronunciar en todo el trayecto:

—Lo que faltaba ya: que os cayeseis al agua...

Éliisa las llamó para que se pusieran a su lado y les dijo que se agarrasen las dos a los picos de su abrigo.

Así siguieron andando: Gilles no decía nada y clavaba la vista en lo que tenía delante; Éliisa miraba esas mandíbulas crispadas, esa mirada que el rencor endurecía. En esos momentos le inspiraba una sincera compasión.

Ya en casa, se sentó con un codo apoyado en la mesa y siguió sin despegar los labios.

Éliisa dio de mamar al bebé tapándose el pecho con un pañuelo porque estaban las niñas delante.

Luego se las llevó a su cuarto, sin dejar de instarlas a que no metiesen jaleo:

—¡Callaos! No hagáis ruido... papá está cansado.

Cuando volvió a bajar, Gilles seguía en el mismo sitio, pero había apoyado la cabeza en ambos brazos cruzados encima de la mesa y habría podido pensarse que se había quedado dormido, rendido de cansancio. Aprovechándose de esa traza, Éliisa le dijo:

—¡Gilles! Te estás durmiendo encima de la mesa... Venga, a la cama, chiquillo, pareces tan cansado hoy...

Llenó una taza de café y se la puso al lado:

—Mira... tómate un poco de café... te sentará bien...

Gilles no se había movido; no respondió nada, pero sacó un brazo, buscó la mano de Éliisa y la estrechó con un efusivo apretón amistoso.

Demasiado afectada para no traicionarse si hablaba, Éliisa esperó un momento y le respondió sólo con otra presión semejante de la mano. Luego se sentó a su lado y pudo por fin hablar.

—A lo mejor tienes un poco de gripe... En esta época del año se fía uno del tiempo y se coge cualquier cosa enseguida.

Él alzó la cabeza. Éliisa ya se lo esperaba.

—No estoy enfermo... no te preocupes por mí...

—No estás enfermo... ¿Estás cansado?

Alzó la mano, la dejó caer sin fuerza encima de la mesa y, como si no se hablase sino a sí mismo, dijo a media voz:

—Soy un hombre acabado...

Éliisa se abstuvo de cualquier gesto demasiado tierno; se limitó a ponerle a Gilles la mano en el hombro y a decirle, con gran sencillez:

—Pues ¿qué te pasa? Habla...

Gilles miró esos ojos tranquilos, benevolentes y, entregándose ya a medias, contestó:

—No te lo puedo explicar... ¡Si supieras!

Éliisa podría haber dicho: «Ya lo sé» y, de esa forma, como en una revancha, hacerle comprender de paso que no era una de esas mujeres a las que se puede embaucar y, también, dejar entrever cuán grande era su amor y cuán hondo su sufrimiento desde hacía meses. Pero así era esa mujer: quería darle la ventaja de la confesión.

—¿Penas del corazón? —le preguntó con sonrisa dulce.

Miró esos ojos perdidos que se preñan de lágrimas, ese dolor que aún no se decide a mostrarse. No obstante, se daba perfecta cuenta de que bastaría con poco para que él le hiciese confidencias. Y ese papel que por fin podría ser el suyo en la vida nueva de Gilles, piensa conseguirlo aunque tenga que aprovecharse de las debilidades de éste.

—Llora... te sentirás mejor...

Un hombre como Gilles llora de una forma muy rara: lanza dos o tres hipidos, casi sin lágrimas; pero basta para que sienta una necesidad de ternura, de consuelo... Deja caer la cabeza en el hombro de Éliisa...

Y habla. No para explicarle algo a ella, sino para hallar alivio él; habla con tan pocas precauciones, de forma tan ingenua que, si Éliisa no estuviera ya al tanto, no podría resistir ese golpe que le asesta.

Se da cuenta de ello, sin duda, porque de pronto la mira.

—Y te digo estas cosas, así, a ti...

Éliisa tiene el rostro sosegado; se le ha acentuado la leve sonrisa; Gilles cree que sigue siendo de benevolencia, que lo está animando para ayudarlo a hablar; no sabe

que lo que transfigura ahora a Éliisa de esa forma es la alegría de la victoria. Ya ha conquistado ese papel: Gilles ha empezado a confesar; ha dicho el nombre y ha revelado lo peor... Por fin va a desvelarle de grado su corazón.

—Bueno... son cosas que pasan... y si no me lo dijese, ¿a quién se lo ibas a poder decir? Y no podías callártelo; era como un peso que te hacía daño...

—Sí, es cierto... ¿A quién se lo iba a poder decir? Porque lo más importante para mí sois ella y tú...

Éliisa recibió el golpe sin inmutarse; sólo se le entristeció un poco la sonrisa:

—¿Yo también cuento algo a pesar de todo?

Con involuntario descomedimiento, respondió él como si fuese lo más evidente:

—¿Tú? ¡Anda claro! Si eres mi mujer...

¿Qué quería decir con eso de su mujer? ¿Esa que lleva la casa, esa que prepara la comida, esa a la que se le hacen hijos?

Éliisa se negaba a admitir que hablaba como un patán; pero, de forma inconsciente, se ponía a su nivel, ocultando pudorosamente sus verdaderos sentimientos tras unas frases que parecían convertir el drama en una situación de vulgaridad ruin.

—Sí... lo nuestro es ya agua pasada que no mueve molino; vivimos juntos, seguimos haciendo críos por costumbre... Y en lo demás comprendo que... Además nos llevamos bien así, ya lo ves... la vida sigue entre nosotros como si no hubiera eso... eso otro... Lo que me disgusta es que lo pases mal... pareces tan contrariado esta temporada... ya me daba yo cuenta de que algo te estaba atosigando... Anda, que a lo mejor se te pasa ese... ese capricho tuyo...

Gilles, cayendo en la trampa que ella, instintivamente, perfeccionaba, se entregaba cada vez más y no se limitaba ya a los hechos sino que entraba en sus propios sentimientos:

—Si es que no es un capricho... es...

Quiso explicarlo, pero le pareció excesivamente difícil.

Se quedó callado por un momento, como si estuviera mirando una secuencia de imágenes internas; luego, con un amplio ademán de la mano que parecía abarcarle todo el cuerpo, resumió:

—Es como un fuego, un fuego muy grande...

Seguía sentado; separó un poco las piernas, inclinó el torso, se frotó las rodillas con breves giros de las palmas de las manos y pareció reflexionar un poco más:

—O como si me hubiera entrado una rabia... —añadió con voz ronca y candorosa.

Se calló, y añadió luego:

—Lo malo es que es una chiquilla muy rara con la que no sabe uno a qué carta quedarse...

Acababa de sacar a colación la causa de su tormento; sin que Éliisa tuviera que ayudarlo; estuvo hablando varios minutos, formulando sus agravios.

Que Victorine era inconstante, que no entendía ni los padecimientos de Gilles ni los reproches que le hacía, de todo eso ya estaba enterada Éliisa. Pero observaba a Gilles, atenta a aquella fisionomía, a aquellos gestos, y también a cada una de aquellas palabras que expresaban cuán profundo era su rencor; y de este modo, midiendo una vez más el grado de aquella peculiar pasión en que había caído, sufría en silencio y repetía para sus adentros:

«Es como una enfermedad... una enfermedad grave que lo está royendo...».

Gilles tuvo de pronto un ataque de ira. Empujando violentamente una silla con el pie, dijo a voces:

—Es mía... quiero que sea mía... Me pertenece, me cago en Dios, me lo dijo al principio...

Éliisa se acercó y atrajo hacia sí aquel corpachón:

—Calma, chiquillo, calma...

Y le apartaba el pelo con la mano, le tocaba la frente como a un niño con fiebre.

Gilles se dejó someter y así se quedaron. Éliisa sentía contra el pecho el calor de su cabeza.

—Te das cuenta —decía él apretando los dientes—, si por casualidad me la encontrase con uno de esos tipos, podría matarla...

—Matarla porque te engaña... arrancar de uno para siempre... —y lo estrechó algo más contra sí—, si dices eso es que no la quieres...

Él se deshizo del abrazo:

—¿Que no la quiero? ¡Vaya si la quiero! Si pudiera explicarte lo que siento... Y, además, ella también... porque a veces sí y a veces no... y cuando es que sí, bueno pues de verdad es como si me quisiera también. ¡Que no la quiero! ¡Entonces no sentiría lo que siento! Cuando se entrega...

Éliisa quiso gritar: «Pero ¿dónde?», pregunta de mujer celosa; no cometió esa torpeza, no hizo esa pregunta que llevaba meses torturándola.

—Cuando tengo ese cuerpo... —seguía él—, ese cuerpo...

Y, al no dar con las palabras, dibujaba en el aire con las manos abiertas una forma humana.

Éliisa le cogió las manos, se las hizo bajar con suavidad:

—Déjalo, chiquillo... déjalo, anda. Te perjudicas...

Pero por más que le sujetaba las dos manos a Gilles y se las apretaba un tanto nerviosamente contra las rodillas, volvía a ver el gesto que acababan de hacer. Allí estaban aquellas manos, bajo las suyas, sobre sus rodillas, pero era como si se desdoblase: otra vez las veía alzarse en el aire; y aquel cuerpo que esbozaban se concretaba, se convertía en un cuerpo de carne, tibio, desnudo, palpable, entre las manos grandes y callosas de Gilles.

Éliisa cerró los ojos, pero así lo vio todo aún más claro... el cuerpo era menudo, carnoso sin ser grueso, con los pechos altos y redondos, los muslos largos y delgados, sin lienzo alguno que los cubriera. «¿Jugamos a las estatuas?», y la voz era fina, un



poco chillona, sin emoción, sin entonación casi: «¿Me quieres, Gilles?». Y el cuerpo vivía, se movía, ondulaba entre las anchas manos morenas que, momentos antes, con sus amplias caricias lentas, evocadoras, habían seguido las curvas de una carne imaginaria.

Gilles había seguido hablando sin que Éliisa lo escuchase.

Intentó soltarse las manos que ella seguía oprimiendo entre las suyas.

—No me aprietes tanto... ¿Lisa? No dices nada... no puedo más, dame un poco de café, me sentará bien.

Ella se levantó y le llenó la taza. Él se fijó en la cara pálida, en los rasgos cansados.

—Toma también tú... estás muy blanca... ahora resulta que vas a estar preocupada por mi culpa... Pero esto de habértelo contado a lo mejor me sienta bien... porque tú lo entiendes estupendamente... no como ella, que cuando quieres que entienda algo, se queda toda asombrada y dice: «Pero ¿qué te ha dado?».

—Sí, ya lo sé... pero a lo mejor cambia.

—¿Tú crees?

Éliisa se encogió un poco de hombros; volvió a sentarse a su lado e, indicándole la taza que acababa de llenar, dijo, tranquilamente, como si aquella velada fuera como todas las demás:

—Bebe... y luego vámonos a la cama, que ya es hora de que descanses...

Sentada, con las manos cruzadas encima de la falda y el busto un poco caído, alzando hacia él el rostro hermoso y triste, había mirado cómo bebía. Él dejó en la mesa la taza vacía y, al ver que ella no se perdía ninguno de sus ademanes, dijo:

—No eres una mujer corriente, Lisa... hemos vuelto a casa, me senté y vi que estabas ahí... y entonces, no sé cómo, como si fuese algo que salía solo, te lo conté todo... Y habrías podido quejarte, y montarme una bronca, decirme que lo que me quedaba por hacer era irme... y en vez de eso estás ahí sentada y me miras como si fueses mi madre...

Éliisa sonrió dulcemente sin que su rostro perdiese la melancolía.

—Pero también tengo que decirte —prosiguió Gilles— que tú y los niños y la casa contáis mucho para mí. A pesar de todo, no podría dejarlos, ya me lo he dicho a mí mismo. Seguro que a ti te pasa igual... y, pese a lo que te he dicho, siempre estarás aquí... como ahora...

—Claro... —se limitó a responder Éliisa.

Habría querido decir:

«Sólo que tienes que saber que yo te quiero y que para mí sólo cuentas tú...».

Pero pensó que, si se ponía ya a agobiarlo con su propio amor, Gilles empezaría a lamentar su confesión, y siguió diciendo:

—Sólo que... tienes que contármelo todo siempre, no ocultarme nada... y entonces siempre estaré aquí... esperaré... esperaré a que se te pase.

—Sí —contestó él—; te lo diré todo, me sentará bien hablar contigo.

Y, efectivamente, acto seguido cayó en la crueldad de mostrarse ya sincero, pues añadió con un acento que volvía a ser rabioso y desesperado:

—Pero de eso que dices de esperar a que se me pase, vas a tener que esperar mucho... porque te vuelvo a decir que me tiene bien cogido... se acabó... soy un hombre acabado...

Acababa de darle de pronto otro ataque. Y volvió a llorar casi sin lágrimas, con aquellos hipidos breves tan raros.

No dijo nada más.

Élisa echó el cerrojo de la puerta de entrada, preparó la lamparilla, apagó la lámpara de la cocina.

—Venga... vamos arriba; lo que no puedes hacer es andar así para nada...

Gilles no se dormía. Élisa oía cómo suspiraba de irritación cada pocos segundos. Notaba en él la magulladura de un deseo contenido. Y le estaba vedado a ella, a su mujer, el interponerse, el deslizarse toda ella entre él y aquella imagen que lo obsesionaba. Se había quedado en el borde de la cama y no podía arriesgarse más que a rozarle con los dedos, con una discreta caricia, el rostro, los hombros, el pecho, apartando apenas la ropa que la privaba del contacto de aquel cuerpo adorado. ¡Y, no obstante, cuánto habría querido socorrerlo!

Y, de repente, tuvo este atrevimiento: con mano anónima y tierna, despacio, le calmó el deseo.

## XII

Gilles había confesado. Éliisa había conseguido ese peculiar papel de confidente. Pero ¿iba acaso a cambiar algo en realidad en su dolorosa vida? Sí; se dio cuenta de ello ya a la mañana siguiente. Desde hacía ya mucho, los desayunos, los preparativos de salida hacia la fábrica transcurrían en un ominoso silencio. Hoy, Éliisa ha podido decir mirándolo a los ojos:

—Mira... te pongo un trozo de tarta además de los bocadillos...

Y él se lo agradeció con una sonrisa. Eso que salía ganando Éliisa, y ya le parecía una enfermedad.

Y, a partir de ahora, también las veladas son diferentes.

Gilles vuelve; deja, como siempre, la cantimplora esmaltada en el poyo de la ventana, cuelga la chaqueta en la percha y anuncia ya a Éliisa, con una sonrisa o con un mohín, que las cosas han ido bien o mal. Después de la cena, cuando las niñas ya están en la cama, cuenta lo que ha pasado durante el día: si ha visto a Victorine... qué le ha dicho ella... qué le permite augurar su comportamiento... Y Éliisa lo entiende siempre todo de maravilla. Le acaba incluso las frases y lo ayuda a concretar las ideas.

—Sí —dice—; te ha sonreído con agrado y todo ha parecido diferente... es como si hubieras tenido la seguridad de que te quiere...

—De ninguna manera —dice también—; no tienes ninguna prueba de que te haya engañado hoy... Pero, como ayer no se volvió a mirarte cuando te despediste y tú estabas esperando que lo hiciera, se te quedó la espina dentro. Y durante este día en que no la has visto te has estado imaginando cualquier cosa sólo por ese detallito que no demuestra nada...

Efectivamente, no se le había ocurrido esa posibilidad... no ha sucedido nada nuevo desde ayer y fue en el momento en que se convenció de que ella no iba a darse la vuelta cuando le empezaron las dudas... que luego fueron a más, así, sin motivo... Y se queda asombrado al darse cuenta de que Éliisa tiene razón... siempre atina con los motivos de su abatimiento, de su malestar...

A Gilles lo hace sufrir Victorine; a Éliisa la hace sufrir Gilles. Y de ese dolor parejo nace su complicidad.

Los días en que no tiene nada que contar, Éliisa sabe que se sentará en un rincón del cuarto, con la cabeza entre las manos, y se quedará así horas y más horas, sin decir ni palabra, con su aspecto contrariado. Entonces dice:

—Ven, vamos a jugar una partida de cartas.

Él refunfuña, acaba por aceptar. Se sientan a la mesa, uno enfrente del otro. Ha vuelto el verano, la lámpara no está aún encendida, la ventana abierta da a la oscuridad naciente. Se oye a gente que ríe y habla en los jardines próximos. La tierra, aún preñada del calor diurno, se va apaciguando poco a poco. No tarda en reinar el silencio y ya está casi oscuro del todo, hay que encender la lámpara. Éliisa junta las

cartas, las baraja, vuelve a dar.

—Triunfo de corazones... esa baza es tuya...

Juega con fingido interés, como se juega con un niño difícil.

Juega hasta que, por fin, el sueño rinde al hombre.

Una noche, simple azar, simples hábitos de macho, Gilles se despertó, se volvió hacia ella y la solicitó como mujer. Élisa, al cabo de sus fuerzas, se concedió creer en aquella ilusión. Se olvidó de todo. Por un breve espacio de tiempo, vivió en un mundo en que ya no existían más que Gilles y la mujer de Gilles. Fue una debilidad que pagó cara: era la primera vez en que, aunque sólo fuera un instante, vivía ajena al drama; cuando la realidad volvió a adueñarse de ella, la hirió por segunda vez, tan hondamente como el primer día.

Un domingo, Gilles no anunció, como solía, que iba a venir Victorine o que iban ellos a ir a casa de los padres de Élisa; tampoco manifestó deseo alguno de salir solo.

—Como hace tan bueno —dijo—, podíamos ir a pasar el día al campo.

Enseguida acabaron los preparativos: subieron al desván a buscar la mochila, prepararon bocadillos y huevos duros, llenaron de café la cantimplora de Gilles. Élisa se movía con rapidez y algo de nerviosismo; aún no se rendía al gozo del día que se avecinaba, sólo tenía prisa por salir, por estar ya lejos de casa, por temor a que una contraorden lo trastocase todo.

El tren los dejó a unos veinte kilómetros de la ciudad. Caminaron por los bosques; Gilles y Élisa llevaban al bebé por turnos. A la hora de comer, descansaron en un claro. Élisa dio de mamar al niño y luego extendió una manta encima de la yerba y lo puso en ella. Sacaron los bocadillos. Las niñas comían correteando por aquí y por allá, volvían de vez en cuando a buscar su ración. Gilles se había tendido en la yerba, con la cabeza apoyada en las rodillas de Élisa. Después de comer, siguió así, tranquilo, hablando de esto y de aquello, sin aludir en absoluto a Victorine. Élisa le había puesto una mano en el hombro; miraba su rostro, sin casi atreverse a hablar, temiendo que una simple palabra disipase aquella paz. Gilles calló. Élisa recordó que una tarde, antes de casarse, habían venido con toda la familia a dar una vuelta por aquella misma zona. En la curva de un camino, Gilles la atrajo bruscamente hacia sí; rodaron por entre los matorrales y estuvieron un buen rato besándose ferozmente. Les costó mucho limpiar la blusa nueva de Élisa, que la yerba había manchado de verde. Luego, para esperar a los padres, se sentaron en el tronco de un árbol, cogidos de la mano:

«—¿Me quieres?

—Con locura... con locura...».

Reían porque estaban seguros de que los demás no se imaginaban lo que se estaban diciendo... Durante el resto del paseo, Gilles tuvo que poner casi continuamente la mano en el hombro de Élisa para que no se le viera la mancha de la blusa...

Estuvo a punto de preguntarle si se acordaba. Pero no, valía más no decir nada... Gilles hizo un ademán para indicar que lo molestaba el sol y Éliisa alzó la mano para resguardarle la cara.

Ahora ya no piensa, ya no evoca recuerdo alguno. Se inclina, con la mano en alto, y sigue con los grandes ojos atentos el leve jadeo del pecho del hombre; no se mueve, con el corazón rebosante de una frágil dulzura.

Siguen, luego, el paseo por los bosques. Salen a una anchurosa meseta que, a la derecha, se extiende como si llegase al infinito; del otro lado, en dirección a la ciudad, se desploma cortada a pico. Aquí ya casi no quedan árboles y el sol abrasa. Gilles saca de la mochila un periódico y hace un sombrero de dos picos que le pone a Éliisa en la cabeza.

—¡Mirad qué guapa está mamá!

Las niñas se ríen y quieren también un sombrero cada una.

—Ahora hacemos más...

Como el camino es cada vez más angosto, caminan en fila; al pasar, cortan madreSelva en los bosquecillos y margaritas por el sendero. Ahora, hacia la izquierda, la vista llega lejos: en el horizonte se yerguen las chimeneas de los altos hornos y los conos negros de los escoriales. Se detienen un instante y miran. Desde aquí le parece a uno que descuella sobre el mundo... Luego, en fila india, con flores en las manos y tocados de papel, echan a andar de nuevo entre las altas yerbas rojizas.

En el tren de vuelta los miran. Éliisa está orgullosa de sus hijos, tan guapos, y de ese hombre guapo y alto que está sentado frente a ella. Gilles ha reunido en un ramo grande las flores que ha cortado y lo lleva encima de las rodillas con cierta torpeza. Éliisa adornará la casa con él y así en el día de mañana habrá alguna supervivencia del de hoy, de este día bendito.

¡Ay, ojalá todos los días de la vida fueran como éste...! Un día hecho de pequeñas dichas yuxtapuestas. Paseos por los bosques... Cálido olor de los brezos... Gilles le ha puesto la cabeza a Éliisa en las rodillas... Gilles ha tirado piedras planas a la corriente del río... Sendero elevado... Mirad qué guapa está mamá... Espigas verdes, rubias y rojizas extendiéndose por soledades infinitas. Nada más. Instantes de escasa entidad cuyo secreto ha captado Éliisa. Muda, entregada, los ha hecho suyos hasta lo inefable.

El tren rueda; vagón de tercera, hasta los topes. Se mezclan el olor acre de los cuerpos sudorosos y el olor dulce de la madreSelva. Mujeres y hombres que fuman o que dormitan, niños en las rodillas de sus madres. Rostros de los que Éliisa no sabe nada. Y, entre esos desconocidos, un grupo: Gilles, los tres niños y ella, la mujer de Gilles. De nuevo vuelve a adueñarse de ella el instante. No es que pueda decir nada de él... pero lo sobrelleva con todos los sentidos y con toda el alma. Ahí está esa herida que tiene en el corazón, ese sufrimiento latente que nota que le mana por dentro, para recordarle la fragilidad del momento. Sin embargo, la vida podría estar hecha toda ella de instantes igual de dulces, con igual significado... Pero ¿cabría

tanta dicha en el corazón del hombre?

Mujer sin picardía, sin amor propio, sin filosofía, no se pregunta si hay lugar en el mundo para un corazón como el suyo.

De todo el cuerpo, de toda el alma se le alza una trágica llamada hacia lo inefable. El grupo de Gilles, de los tres niños, de la mujer de Gilles... Le tiemblan un poco los brazos que estrechan al pequeño, se le estremece levemente el rostro, progresa por la dicha hasta el anonadamiento. Con la cabeza apoyada en la pared del vagón, ha cerrado los ojos; podría pensarse que es una mujer como todas las demás mujeres, algo cansada tras un día en el campo.

En el andén repleto de gente, Éliisa fue en pos de Gilles, que llevaba a las niñas de la mano. En un momento dado, las hizo caminar delante y dijo, volviéndose hacia Éliisa:

—Bien asombrada ha debido de quedarse de no haberme visto hoy... Es una buena táctica, a lo mejor se pone celosa. Me dijo que este domingo no iba a salir de casa... ganas me dan de pasar a ver si es cierto...

—No... ahora no —dijo Éliisa con voz doliente, casi imperceptible.

—Sí, sí. Vamos para allá.

Y, tras agarrar de nuevo a las niñas, avanzó deprisa entre el gentío.

Éliisa lo siguió, demudada.

En casa de sus padres, habían sacado unas sillas a la acera y se habían sentado contra la pared para tomar el fresco de la tarde. Victorine llevaba una blusa de organdí rosa y un lazo de terciopelo negro en el pelo exageradamente ondulado.

Gilles y Éliisa se presentaron con los niños, las flores y su aspecto de recién llegados de una excursión.

—No, madre, no entramos; seguid sentados. Sólo venimos de paso... los niños están cansados...

—¡Qué bueno ha hecho! —dijo Victorine—. Si me hubierais dicho que ibais al campo, habría ido con vosotros...

—¿De verdad? ¿Habrías venido? —preguntó Gilles con ingenua alegría—. ¡Si lo hubiera sabido! Pues... toma —hurgaba en el manojito para coger las mejores ramas—, para que sea algo así como si hubieras venido...

Éliisa miraba sus ademanes, seguía con los ojos las ramas que cambiaban de mano.

Flores del día siguiente, recuerdos de este día... así nacen cada una de las alegrías menudas y se van marchitando después...

Volvieron a casa, los niños lloriqueaban de sueño, no se detuvieron en la cocina, subieron directamente a los dormitorios. Dejaron la mochila y la ropa encima de una silla. Pusieron las flores que quedaban en el jarro del lavabo.

Y, una vez más, como de costumbre, vuelve el momento en que los demás duermen y una se queda sola, libre por completo ante su dolor. Han traído del paseo

un aroma a tierra, a bosque y a dulce sudor campestre. Sobre ese fondo de olores mezclados se alza el perfume explícito de la madreselva. La cortaron en aquella meseta que no se acababa nunca... Hermoso día cuyo gozo se desbarató en un instante... ¡Un día de paz que durase hasta la noche! Hasta el momento en que, tendida en la cama junto al hombre dormido, pudiera una rememorar sus instantes sin sufrir...

—Dios mío, Dios mío... no me abandones... compadécete de mí... estaba hoy tan sedienta de felicidad...

Con la cabeza vuelta hacia la parte de fuera de la cama, llora con sollozos breves y ahogados, tapándose la boca con un pañuelo para no despertar a Gilles.

## XIII

En la desdicha, el tiempo pasa deprisa, por más que se diga lo contrario. No hay punto alguno de referencia apostado en el tiempo transcurrido, ninguna alegría diferencia los días entre sí. Sólo existe lo desconsolador, siempre igual.

«¡Ya estamos en otoño!», se dice Éliisa. Pronto hará un año que vive sin el amor de Gilles... Le da la impresión de que atrás no ha quedado sino un día, interminable, pero único.

Mira el jardín, sorprendida: las primeras escarchas ponen su huella en la tierra, más desnuda; los árboles van perdiendo las hojas. Las hermosas brumas norteañas enturbian los paisajes matutinos; se alzarán despacio de la tierra para volver a aparecer luego y difuminar las luces del atardecer. Ya no quedan flores en el jardín; pegados a la cerca, trepan los gruesos tallos redondos de los puerros, cargados de simiente.

«¡Ya estamos en otoño!», y le parece que no ha vivido.

Se aparta de la ventana, da unos pasos por la cocina: la mesa y las sillas, la escalera que sube a los dormitorios; a la izquierda, el fogón y el aparador, el marco de su vida. ¡Qué más da que las estaciones mueran y retornen! Sólo existe este lúgubre hoy que nunca acaba... Lleva meses esperando que amanezca el alba de un día siguiente.

Vuelve a tomar el hilo de su pensamiento y lo remata:

«¡Ya estamos en otoño! ¡Qué despacio pasan las horas!».

Pues sólo cuenta el tiempo del corazón.

Aunque Éliisa llevaba ya mucho rato levantada, Gilles no había vuelto aún de la fábrica: ahora, cuando trabajaba de noche, ya no se quedaba nunca Éliisa en la cama hasta que él volvía. Cruzó la habitación pequeña de los muebles encerados y abrió la puerta de entrada. La bruma era demasiado densa, no podría verlo llegar por la carretera. Entró de nuevo, volvió con una escoba y empezó a barrer la estrecha acera de cantos. De repente, salió de la niebla muy cerca de ella.

—¡Ah... Lisa!

Sin más saludo, se metió en casa. Éliisa fue detrás.

—¿Quieres desayunar ya?

—Sí; luego me lavo.

Le sirvió café caliente, se sentó enfrente de él, tomó algo también. Gilles no decía ni palabra. Como fuera hacía frío, la ventana estaba cerrada y el olor del tocino frito invadía la habitación. A la luz del amanecer, todo parecía vacío y aflictivo. Éliisa se asfixiaba.

Dijo, para romper el silencio:

—Sería cosa de coger los puerros buenos que quedan; si no, se van a perder como los demás...

—Si se pierden, que se pierdan.



Valía más no insistir; mal empezaba el día. La tarde anterior, Gilles estaba bastante tranquilo; pero, seguramente, por la noche, en el trabajo, se le habían torcido las ideas y habría que apechar con las consecuencias hasta que se le fueran solas o hasta que Victorine tuviera una palabra o un gesto propicios. Éliisa estuvo en un tris de desear que ese gesto o esa palabra llegasen cuanto antes... Fue un pensamiento que duró apenas un segundo; y se avergonzó en el acto de que se le hubiera ocurrido. ¡Pero es que eran tremendos ese continuo malhumor, esas iras, ese silencio agobiante que asfixiaba y nunca se podía romper impunemente!

Porque, en los últimos tiempos, el contar sus cuitas a Éliisa ya no apaciguaba a Gilles. Poco había tardado Victorine en dar al traste con aquella leve mejoría: de la misma forma que se había complacido un día en exacerbar el deseo de Gilles, se le había metido ahora en la cabeza tener amores con otro.

Lucien Maréchal regentaba un estanco en el centro... Se casaría con Lucien. Con manos cuidadas que lucieran un aro de oro y un anillo de plata con una perla fina, abriría las cajitas de cedro de los puros: «¿Claro? ¿Cogetama? ¿Voltigeur?». Una ocurrencia como otra cualquiera. Y fácil de conseguir: cuando una tiene sexo, es para sacarle partido, ¿verdad?

¿Y por qué no? Adelante, putilla. La vida no tiene peligros para ti. Nada que perder, nada que ganar. Nada podrá nunca ni encumbrarte ni menoscabarte. Mujer ni del cielo ni del infierno, mujer sin alma, sin corazón, sin mente... y sin carne, porque ni tan siquiera de ese desafortunado sexo que te consume sacas ni sufrimiento ni alegría.

Y entra en el juego de tu trágica inocencia que, pese a todo, sigas viendo a Gilles. «Es que es guapo... la verdad... este marido de Éliisa...». Y vas por las calles de la ciudad concediéndote el gusto de caminar del brazo de ese apuesto obrero rubio. El muy cándido te pregunta, atormentado:

—Pero Victorine... ¿tú me quieres?

Y tú, con ese gesto de las cejas tan tuyo, contestas:

—¡Pues claro! ¿Por qué no te iba a querer?

Tienes un cuerpo adorable; las piernas largas y blancas; la piel más fina que la de las mujeres de los obreros. Ninguna preocupación demasiado seria, ninguna alegría demasiado fulgurante te han marcado el rostro; y no hay en tu vientre grietas... Ese cuerpo desnudo que ve pegado al suyo le parece a Gilles el cuerpo inesperado de una mujer de otro mundo. Es cierto que sabes interpretar el juego del amor. Pero no se te cierran los párpados, ni te laten más deprisa; y esos ojos sin mirada exasperan al hombre, aunque no sabe el porqué, y lo persiguen en cuanto se separa de ti. Por carecer de esas pruebas cuya existencia ni sospecharía si las tuviera, no conoce ya el aplacamiento del macho dueño y señor de su presa.

Fíjate... en la cocina limpia y triste la vida no late ya sino imperceptiblemente. Gilles se ha terminado el tocino y los huevos; sigue sentado a la mesa, con los ojos rebosantes de martirio. Tu hermana Éliisa está de pie junto a la ventana, con la mirada perdida en la niebla del Norte que, poco a poco, va desvelando los horizontes negros.

Nada puede hacer por ti, ni contra ti. Nadie puede hacer nada ni por ti ni contra ti. Su gran amor la anquilosa un tanto; y espera. Espera a que Gilles se cure. Sabe que de ti no se cura uno por la fuerza, sólo por el asco y el hastío.

Élisa subió a buscar a las niñas para lavarlas y vestir las en la cocina; así, si Gilles se decidía a irse a la cama, se encontraría con un dormitorio silencioso, pues el bebé no se despertaría antes de una hora.

Cuando volvió a bajar, Gilles se había levantado de la mesa.

Se descalzó despacio y, tirando los zapatos cerca del fogón, dijo:

—A ver si consigo dormir. Hasta ahora.

En cuanto salió, una de las gemelas le dijo a la otra, dándole con el codo:

—Parece que hoy está de mal humor...

La mano de Élisa golpeó bruscamente la mejilla de la niña.

Ésta tardó en echarse a llorar. Se quedaron las tres un momento mirándose en silencio. Élisa no se movía, asombrada de su gesto. Luego cogió a la chiquilla en brazos y la consoló:

—No llores, cariño... ¿Te ha dolido? Si es que ésas no son formas de hablar de tu padre...

Era hora de llevarlas a la escuela. La niebla se había levantado del todo; un sol blanco de octubre iluminaba la carretera. Las niñas andaban sin decir nada; le daban una mano a Élisa y en la otra llevaban la cartera de lona marrón. Estaban pasando cosas raras; no sabían qué, pero notaban que en todo aquello apenas si tenían ellas ni arte ni parte.

Al volver, Élisa se detuvo en la tienda de ultramarinos. Llevaba prisa y la atendieron enseguida; le pareció que la miraban de forma rara. Al salir con los comestibles, una de las mujeres que estaban en la tienda rompió a hablar antes de tiempo y Élisa pudo oírla:

—Hay que ver... menuda historia... Y seguro que ella está enterada. Se le nota en la cara...

La gente lo sabía... Tenía que pasar: para que todo el mundo se pusiera sobre aviso bastaba con que los vieran separarse en la carretera tras una despedida demasiado larga. A lo mejor los habían visto en los matorrales, detrás de los estrechos setos... Oculta tras las estanterías que había en el escaparate de la tienda, Élisa se quedó esperando. La otra mujer contestaba:

—Lo que yo digo es que, si se aguanta, es igual de arrastrada.

Con la ancha toquilla negra cruzada sobre el pecho y los brazos cargados de comestibles, Élisa había reanudado la marcha. Le latía a toda prisa el corazón; no obstante, iba despacio a lo largo de los setos, las verjas bajas de los jardines, las casas estrechas de ladrillo. Silueta un tanto encorvada, rostro en el que algo acababa de morir de golpe. Empujó la puerta de la cocina. Sentada en la primera silla que encontró, dejó que se le desplomasen los comestibles en las rodillas. Clavó los ojos

en una esquina vacía de la habitación.

Luego, una a una, fue cogiendo las bolsas de ultramarinos y las puso encima de la mesa. Se quitó la toquilla, se encogió levemente de hombros: en resumidas cuentas, aquello era bien poco comparado con todo lo demás...

A eso de las once, Gilles bajó. Como sólo llevaba los calcetines puestos, Éliisa no lo oyó llegar. Sobrecogida, se quedó mirándolo, con un paño en la mano. Él dobló un poco las piernas para ponerse a la altura del estrecho espejo colgado de la pared y se peinó con la mano. Se sentó, se calzó y dijo al fin:

—No hay forma de dormir... me voy al centro por si se le ocurre pasar a mediodía por donde Maréchal...

Éliisa buscó con avidez una razón para retenerlo. De pie en el hueco de la puerta, puso instintivamente las manos en el marco cerrando el paso con los brazos estirados.

—Pero Gilles... ¡tienes que descansar! ¡Bueno vas a estar esta noche para ir a trabajar!

—¡No voy a poder dormir! ¡Se me ha ocurrido que igual va a ir a verlo a mediodía!... Si no voy y lo compruebo, me volveré loco...

Éliisa bajó los brazos; notó el roce del corpachón que pasaba sin detenerse.

Regresó dos horas después.

—Me quedé cerca del comercio de Maréchal —dijo—; y cuando he tenido la seguridad de que ya no iba a venir, me he vuelto. Habría podido ir directamente a buscarla a su tienda, y así la habría visto... pero no me habría enterado de qué pensaba hacer. Y ahora, por lo menos, cuando me diga mañana que no fue a mediodía adonde Maréchal, por una vez estaré seguro de que no me está mintiendo...

Éliisa se había quedado pálida. ¡Ojalá hubiera visto a Victorine entrar en el estanco... ojalá hubiera vuelto aún más atormentado, iracundo, pero listo para el asco...! Y allí estaba triunfante, serenado, casi tierno.

—Oye, Lisa... esos puerros que decías, ¿quieres que vaya a cogerlos antes de irme arriba?

Y al día siguiente, o en días sucesivos, Victorine, hiciera lo que hiciera por otro lado, sabría dar una vez más con los gestos que mantendrían expectante a Gilles, que se lo dejarían al alcance de la mano, como una pera para la sed...

—No te preocupes... —contestó casi enseguida—. Más vale que te vayas a la cama... necesitas dormir; tienes que trabajar esta noche...

—Tienes razón... a lo mejor ahora cojo el sueño...

Subió. Y Éliisa siguió con sus tareas.

Se había detenido delante de la ventana para descansar un momento. Perdida en sus pensamientos, dejaba vagar la vista más allá de la cerca del jardín, por el prado, en donde seguía con los ojos, sin verlas, unas manchas en movimiento. Unos soldados de maniobras se arrastraban por la yerba. Uno de ellos, tendido en el suelo muy cerca del jardín, se había vuelto hacia Éliisa y le sonreía. Se cruzaron sus

miradas. Él le mandó un beso, por aquello de distraerse un poco. Como ella no respondió con ademán alguno y siguió con el rostro impasible, él le hizo un mohín de reproche. De lejos, no se veía con claridad aquel cuerpo envuelto en un tejido que casi se confundía con la tierra y con la yerba, rojiza ya; sólo le veía el rostro joven, bajo el casco echado hacia atrás. Éliisa sonrió también. Él, entonces, se incorporó un poco, y alzó del suelo un cuerpo frágil aún, tan joven como el rostro y excesivamente lastrado de tela y cuero. Le dio a entender con el ademán que le gustaría tenerla tendida en el prado, junto a él. La apuntaba con el dedo, señalaba la yerba, a su lado, reía y, cerrando los brazos sobre el pecho, hacía el gesto de estrechar otro cuerpo.

Éliisa se apartó de la ventana. Se le hincharon los pechos bajo el vestido. Se tapó la cara con las manos. No veía, dentro de sí, sino la imagen del hombre que dormía en el cuarto de arriba.

Subió sin ruido los peldaños y se detuvo frente a él. No se había desnudado; el cuerpo descansaba bajo las mantas, grande, robusto. El cutí azul del pantalón moldeaba, hasta la ingle, la pierna izquierda, doblada. Más abajo de los hombros, las manazas, dormidas en pleno movimiento, seguían aferradas a los picos del cuello de la camisa, dejando al aire el vello leonado entre las dos aréolas pardas, casi negras. La mandíbula fuerte, que cubría la sombra de una barba del día anterior, se relajaba un poco y volvía a crispase. Los abundantes mechones rubios, echados hacia atrás, dejaban al aire la frente demasiado pálida, suavemente picada de pecas rojizas.

Nunca lo había mirado Éliisa tan despacio; nunca lo había amado tanto, ni deseado con tan trágica fogosidad, con tan prolongado desvalimiento de todo el cuerpo. No se movía de allí, pegando la espalda a la pared, tensa, con la carne un poco sudorosa y los pechos duros.

Se fue por fin, sin hacer ruido, de puntillas.

Desde la ventana, vio correr a unos hombres por el prado, cuesta arriba, agachados y con el fusil en la mano; llegaron a la cresta y desaparecieron por la otra vertiente. Junto a la cerca del jardín, la yerba estaba vacía, un tanto hollada. El soldado joven se había reunido con los demás. Lo habían llamado, se había mezclado con ellos; el hombre-niño había vuelto al juego de la guerra.

Las inmediaciones recobraron su aspecto apacible. De vez en cuando se oía aún, quebrando el silencio de la tarde, una voz ronca que gritaba órdenes.

Éliisa cerró la ventana, enrolló el hule que cubría la mesa y empezó a limpiar las verduras para la sopa de la cena.

Había anochecido hacía un buen rato. Los niños estaban en la cama. Gilles, tras acabar de cenar, leía las noticias de la tarde. Éliisa preparó los bocadillos: tres de huevos revueltos y tres de tocino crudo. Los envolvió y se los tendió a Gilles, que se marchó. Todo murió a su alrededor.

Se quedó unos momentos ociosa, padeciendo su soledad. De tarde en tarde, oía cómo se acercaban, para alejarse luego, los pasos de los obreros que se encaminaban

a la fábrica. A veces iban dos o tres juntos y le llegaba un rumor sordo de voces. Otras mujeres tampoco tendrían hombre esta noche. Pero se les quedaría un buen rato en los labios el sabor de los espontáneos besos de despedida; en los pechos, el recuerdo de una amplia caricia candorosa: la mano leal y cálida, casi amistosa, que roza la blusa antes de salir. En pleno corazón de la noche, al notar ese sitio vacío a su lado, despertarían quizá; pero sabrían que, por la mañana, al alba, rodearían con los brazos a los hombres de regreso, como antaño hacía ella.

Cuerpos hambrientos, pero sin inquietud, que se confortarán gozosamente con el primer sol de la mañana...

Élisa se ciñó con los brazos, inclinó la cabeza sobre el pecho. Noche solitaria, día siguiente sin esperanza. Día único, sin día siguiente... «Se me ha ocurrido que igual va a donde Maréchal... habría podido ir directamente a buscarla a su tienda, y así la habría visto... Lo que yo digo es que, si se aguanta, es igual de arrastrada... Si no voy y lo compruebo, me volveré loco...».

Alzó la cabeza, suspiró. Recogió un poco la cocina, apagó la lámpara, subió la escalera.

Se quedó un buen rato delante de la ventana de su cuarto. Entre las sombras, divisó confusamente la ondulación de las colinas y, más allá, un extenso recuadro de oscuridad vacía. Aún más lejos, brillaban unas luces turbias y los hornos enrojecían el cielo. La sirena de la fábrica lanzó el aullido de la hora del cambio de turno de un equipo: Gilles entraba a trabajar.

## XIV

A la mañana siguiente, dieron las siete y Gilles no había vuelto. Éliisa llevaba ya mucho rato preocupada. Empezó a vestir a las niñas, vigilando la ventana en cuanto le llegaba el mínimo ruido del exterior. A aquella hora temprana parecía poco probable que Gilles hubiera visto a Victorine. Éliisa se temía un accidente. Descompuesta, veía a Gilles aplastado bajo una barra de acero o destrozado entre los engranajes de cualquier máquina monstruosa. Nadie tiene recursos contra una desgracia de ese tipo... Y, mientras hacía las cosas, elevaba, de labios para dentro, una apresurada plegaria pidiendo que el retraso sólo tuviera que ver con Victorine.

Llegó la hora de ir a la escuela sin que Éliisa se hubiera resuelto a salir de casa. Se decidió por fin. Tras comprobar que el bebé dormía tranquilo, hizo con las niñas parte del trayecto y las dejó solas, luego, recomendándoles que fueran por la acera muy formalitas. Haciendo visera con la mano, las vigiló un momento y esperó a que cruzasen la plaza. Si Gilles no estaba aún en casa, iría corriendo a la fábrica... Al volver la vista, lo vio de pronto. Acababa de bajarse del tranvía y venía hacia ella.

—Gilles, ¿qué ha pasado? Me has dado un susto...

Tenía cara de cansancio. Aunque no hacía calor, le corría el sudor por el rostro, mezclándose con el polvo de la noche.

—Es que tenía que verla; me aposté en el camino por el que va a la tienda. Llevaba un collar que nunca le había visto... Me ha parecido que estaba rara...

Éliisa no contestó. Al fin estaba allí... caminaba a su lado... Por un momento cedió a esa alegría densa que viene tras la preocupación.

Alzó la cara hacia él, le tocó el brazo:

—¿Y has ido así al centro, tan sucio?

Volvió a clavar la vista en la carretera y añadió en voz más baja:

—Gilles, te comportas con torpeza... Te pones delante de ella demasiadas veces; seguro que la irrita... Es como si la fueras persiguiendo. ¿Por quién te debe de estar tomando?

—Pero si es de lo más natural —respondió él con vehemencia—. ¡Haga lo que haga, a la fuerza tiene que saber que me pertenece, después de lo que ha habido entre nosotros!

—Deja de verla un poco, estate quieto... —dijo Éliisa suavemente—. Si te haces el indiferente, si das la impresión de que lo dejas correr, se dará cuenta de sus errores y volverá a ti ella sola...

Sabía que estaba jugando a un juego peligroso, pero le parecía que había llegado el momento de arriesgarse. Si Gilles permanecía separado de Victorine unos cuantos días, podía crecer la necesidad que de ella tenía; pero también podía suceder que Victorine creyese cierta aquella fingida indiferencia. Si daba la partida por perdida, si no volvía a la carga, si se orientaba por completo en la otra dirección, a lo mejor Gilles se percataba de cuáles eran los sentimientos de la joven.

Gilles no había contestado, pero las frases de Éliisa le iban calando despacio en la mente; necesitaba tiempo para analizar una idea.

Hacía mucho que estaban ya en casa cuando dijo, sin más preámbulo:

—A lo mejor tienes razón...

No añadió nada y siguió comiendo con ademanes rígidos, separando los brazos, con el busto demasiado apartado de la mesa, agarrando el pan con toda la mano. Acabó por fin la frase:

—Sí, eso es... debería estarme quieto unos días... a ver qué hacía... Pero quedarme así, sin saber nada de ella, creo que no podré aguantarlo...

Éliisa temió que, finalmente, no siguiera sus consejos. Con voz un tanto ahogada, aunque clavando en él una mirada que quiso colmar de aplomo, dijo:

—Inténtalo. Y si de verdad no aguantas la separación, iremos el domingo a casa de mis padres; así la verás, pero no estaréis a solas. Intenta tener paciencia, haz un esfuerzo —y añadió con toda la sencillez que pudo—: yo te ayudaré a esperar...

Gilles asiente con la cabeza. ¡Acepta! Éliisa lo mira atentamente: ya no tiene fuerzas para añadir ni una palabra; está rendido... Pero es que a quién se le ocurre darse esa caminata por la ciudad nada más salir del trabajo... en lugar de venir a descansar a casa... Un hombre como Gilles trabaja demasiado y tiene que llevar una vida ordenada... Trabajar, volver a casa, comer, dormir, irse otra vez al trabajo... Si no, el cuerpo no aguanta... Ahora es como si siguiera trabajando con una enfermedad grave a costas... Pero lo curaré... lo curaré... piensa mientras le dice con voz cargada de preocupación:

—Deberías llevar ya un buen rato en la cama, Gilles... sube ahora mismo. Vete a dormir.

Pasaron unos cuantos días tranquilos.

El domingo por la tarde, Gilles se afeitó y se vistió con más esmero.

—¿Qué, vamos? —preguntó mientras se ponía la chaqueta y la gorra mucho antes de que Éliisa estuviera lista.

Con los niños no se podía andar deprisa.

—A pie vamos a tardar mucho... —dijo—. Os invito a tranvía, me lo quitaré del tabaco...

Victorine volvió tarde a casa. Gilles no le preguntó de dónde venía, le habló poco, casi ni la miró. Parecía orgulloso de sí mismo; le hacía a Éliisa señas de complicidad.

Cuando ya se iban a marchar, la madre, queriendo ayudar a Éliisa en sus tareas, le recordó que le trajese la ropa para lavarla. Victorine la interrumpió:

—Iré yo a buscarla el miércoles o el jueves.

—No te molestes, que ya la traeré yo —contestó Éliisa, fijándose en que Gilles no estaba atendiendo.

—No, mujer, ya iré a buscarla.

Como Gilles se estaba acercando, Éliisa no contestó a esa última frase.

Ya desde el martes empezó a temer la visita de Victorine; por la tarde, para que la joven no tuviera pretexto alguno para venir, decidió ir ella ese mismo día. Envolvió de prisa y corriendo la ropa en un mantel con cuyas puntas hizo un nudo, dejó a los niños con la vecina y se marchó sin esperar a que volviese Gilles.

—Pero, hija, ¿para qué te has molestado? Victorine ha dicho que se pasaría hoy por tu casa de paso que hacía un recado para la tienda... allí debe de estar ahora mismo...

Hay fatalidades así, tan desconcertantes que cuesta convencerse de que son ciertas.

Pero Éliisa se recobró enseguida:

—Madre, llevo prisa... por los niños... no me quedo, ¿sabes?

Y fue corriendo hasta la parada del tranvía.



## XV

«¡Putas! ¡Arrastrada! ¡Maldita puta!...» te agarro la cara con toda la mano y te doy con la cabeza contra las baldosas... y luego me quedo esperando un rato... a ver cómo te queda la cara... Hay que ver la que tenías hace un momento... ¡Que por qué no ibas a casarte con él! ¡Que por qué no...! «Me cago en Dios, maldita sea...» y te vuelvo a pegar... con los puños, en la frente, en los ojos, en la boca... Sangras... es como una flor roja que se te abre en el labio y te corre despacio entre los dientes... Esos dientes tan bonitos que quieren morderme el puño... y no me hacen más daño del que me haría un hociquito de gato... No intentes gritar, los jardines nos aíslan de las casas vecinas... «¡Calla, escandalosa! ¡Están cerradas las puertas!». Te aplasto los muslos con las rodillas; los brazos, con los codos... Y junto las muñecas en tu garganta... Estás pegada al suelo... no puedes hacer ni un movimiento, podría poseerte como me diera la gana. «¿Acostarme contigo? Mejor esto otro...» y te escupo a la cara... una espumilla caliente cargada de mi ira... No intentes limpiarte... no merece la pena, te vuelvo a escupir... Ya estás cuajada de escupitajos, guarra adorable... «¡No eres más que una furcia, me oyes, una furcia!». Enseño los dientes, sufro, jadeo, te doy espanto... «¡Pero no te casarás con él! ¡Antes te reviento!». Sigues mi mirada que, por un momento, se detiene en el atizador colgado de la barra del fogón... Por mucho que me tires de la ropa con manos crispadas, conseguiré cogerlo... me arrastraré por el suelo contigo hasta alcanzarlo... pero tardaré, no quiero que puedas soltarte... escaparte... Y quiero pegarte más... Esta vez te he dado un buen puñetazo... te ha resbalado la uña de mi pulgar por la frente y se ha llevado una tirita de carne... Revuélvete, llora, grita, sangra... Si supieras qué alegría siento al pegarte mientras te meneas debajo de mí... Te pego, te golpeo, te doy bofetadas, te arreo trompicones, te araño, te ahogo, te retuerzo...

«¡Guarra!... ¡Cochina puta!», eso fue lo que oyó Éliisa al pasar ante la ventana de la cocina. En tres zancadas, subió la escalera de ladrillo.

Empujó la puerta y vio a Gilles: una silueta monstruosa doblada hacia delante; y, debajo, el cuerpo de Victorine, que parecía diminuto.

Agarró a Gilles por los hombros, lo echó bruscamente hacia atrás y ayudó a Victorine a incorporarse.

—¿Dónde te duele? ¿Ha sido mucho?

Palpaba el desbarajuste de aquel infeliz cuerpo pasmado de que alguien lo liberase.

Gilles seguía de pie, sin hacer ya ademán alguno; tartamudeando aún de rabia, continuaba mascullando maquinalmente injurias.

Éliisa estaba pálida y aquella palidez, en la piel morena, parecía lividez. Empujó a Gilles hacia una silla:

—Siéntate ahí y no te muevas.

Cerró la puerta con dos vueltas, se metió la llave en el bolsillo del abrigo y regresó con Victorine:

—¿Puedes andar? Pues sube...

La tendió en la cama, le quitó el vestido. Cardenales por todo el cuerpo, el labio de arriba hinchado, un arañazo bastante profundo en la frente, pero, en resumidas cuentas, nada grave.

Élisa lavó con agua fría las partes doloridas, cogió del armario del lavabo un frasco de tintura de yodo para la herida de la frente. Victorine vociferó más de lo normal.

—Ahora —dijo Élisa— intenta descansar. Ya verás cómo no es nada. Quédate echada... tranquilízate... ahora vuelvo.

Esperó un poco, apoyada en los pies de la cama. Victorine se quejaba y lloraba en voz alta, resoplando con los labios, como una niña.

En la cocina, Gilles estaba en la misma postura en que lo había dejado Élisa.

Cogió ella un vaso y una botella en la que quedaba un poco de ginebra.

—Toma... recóbrate.

No dijo nada más. Iba y venía por la habitación, fingiendo estar entregada a las tareas domésticas. En un momento dado, desvió la cabeza; se le estaban llenando los ojos de lágrimas: el nerviosismo cedía y sentía una necesidad física de llorar. Jadeó un poco y se contuvo.

Volvió con Victorine. La joven se encontraba mejor; podía levantarse e irse a casa.

Sentada al borde de la cama, se estaba poniendo las medias; estiraba cuidadosamente la seda sobre las bonitas piernas.

—¡Hay que ver! —dijo—. ¡Menudo salvaje! ¡Y todo porque le he dicho que pensaba casarme con Maréchal! La verdad es que no entiendo qué le ha dado...

—Yo sí lo entiendo... —dijo Élisa suavemente.

Victorine alzó la cabeza, miró a Élisa con asombro, hizo como que no se enteraba de lo que quería decir su hermana. Fue hacia el espejo para retocarse el pelo y al verse el labio y la frente repitió:

—¡Qué salvaje!

Mientras Victorine acababa de vestirse, Élisa volvió a bajar. Le dio la llave a Gilles y le pidió que fuera a buscar a los niños:

—Están en casa de Marthe... Quédate allí un poco...

—Sí —dijo él, atontado.

Élisa subió a buscar a la joven y la hizo salir por la puerta que daba a la carretera.

—Me da miedo que te fallen las fuerzas; voy a acompañarte un trecho... Le dices a mamá que te has caído por las escaleras.

La joven no contestó nada. Élisa la acompañó hasta la parada del tranvía.

Al volver, se encontró en la cocina con Gilles, las gemelas y Marthe con el niño

en los brazos.

—He preferido traer yo al crío. Gilles temblaba tanto... ¡Si parece que ha bebido!  
—dijo Marthe riéndose.

Como nadie le contestaba, se fue.

Las chiquillas se sentaron a cenar. Cada gesto ruidoso que hacían, cada palabra que decían parecían hechos insólitos.

Ahora Éliisa y Gilles están solos.

—¿No comes, Gilles?

¿Así que la vida continúa? Gilles pone encima de la mesa las dos manos abiertas; eso que acaba de perder, lo llora a cara descubierta, con una fea mueca para que broten las lágrimas viriles.

Sentada enfrente de él, Éliisa desliza la mano por la mesa, llega hasta la mano de Gilles y, cediendo al fin, mezcla sus lágrimas con las lágrimas del hombre desdichado.

## XVI

Al día siguiente, Éliisa fue a casa de su madre. Victorine estaba acabando de almorzar. No se encontraba bien del todo y no había ido a la tienda. Su madre estaba de pie a su lado. Al entrar Éliisa, la anciana volvió la cabeza para mirarla:

—¡Ah! ¡Eres tú!

El tono de la voz sorprendió a Éliisa. Dijo, titubeando:

—¿Está mejor Victorine? Siento mucho que...

La madre la interrumpió con voz enojada:

—¡Buena la puso tu marido!

Éliisa miró a Victorine despavorida. ¿Qué ha dicho? ¿Ha contado toda la verdad? Sin alzar la cabeza, la joven sigue untando calmosamente el pan con mantequilla.

La madre sabe lo que sucedió la víspera, pero ignora las causas reales de la pelea, pues añade en el mismo tono:

—¡Pero qué salvajada! ¿Qué tiene él que reprocharle a Maréchal? ¡Nada! ¡Simples ganas de meterse en camisa de once varas! Si esa boda conviene o no, quienes tenemos que decirlo somos yo y padre... ¡Un loco, ese Gilles! ¡Un verdadero loco rabioso! ¡Qué lástima me dan los niños, con un padre así! Tú, si lo aguantas, peor para ti... ¡Pero por aquí que no vuelva a pisar! Y ayer por la tarde, ¿no podías haber venido hasta aquí? ¿No? ¡Menuda frescura la tuya y la del salvaje de tu marido! ¡No pensaba yo que fueras tan mala! Francamente, todo esto me tiene pasmada.

Lívida y trémula, Éliisa mira cómo crece esa ira. Con la cabeza gacha y la mirada perdida, impotente, padece la parte que a ella le toca.

La anciana se endereza, en un acceso de rabia, y sale bruscamente de la habitación. Entonces, en el singular silencio reciente, Éliisa habla por fin, con voz triste, apagada. Victorine ha dicho que Gilles la había pegado... ¿Es que no le da vergüenza?

—Claro... tú lo que querías es que tu marido quedase como si fuera inocente — dice Victorine con risa sarcástica—, que contase ese cuento tuyo de que me había caído por la escalera... ¿Y qué más?

—Mamá no se habría puesto como se ha puesto... ¿Cómo quieres que entienda lo que ha pasado? Y además —añade con voz sorda—, cuando se sabe la verdad, habría sido más honrado por tu parte...

—¿La verdad? ¿Qué verdad?

Éliisa respira más deprisa y, como si cargase con toda la vergüenza de Victorine, susurra, desesperada:

—Sé lo que ha habido entre vosotros... lo sé todo desde hace meses y meses...

Victorine la mira, estupefacta. Las dos mujeres se quedan calladas mucho rato. Éliisa está al acecho de una palabra de arrepentimiento, de un arrebató de cariño... Pero Victorine ha esperado tanto para decir por fin:

—¡Pues mira, guapa, si sabías lo que estaba pasando ya podías haber hecho algo

para que tu marido no anduviera por ahí!

Élisa ahoga un grito. Quiere hablar, decir a voces su odio, su desprecio. No pronuncia una palabra, deja caer los hombros, vuelve hacia la puerta un rostro muerto: la madre regresa y, sin mirar a Élisa, se sienta al lado de Victorine.

Élisa las mira a ambas; primero a una, luego a la otra. Victorine se echa hacia atrás el pelo con la mano y en la frente aparece, morada, una magulladura.

—Come, hija, que bien lo necesitas con todo esto...

Y la madre, solícita, empuja el pan y la mantequilla hacia la joven. Y está bien que así sea. Élisa lo entiende. Todo es lógico, normal, doloroso e inalterable. No tiene nada que decir ni nada que explicar.

¿Desenmascarar a Victorine? ¿Puede, ante esa madre, destapar ese corazón vacío? ¿Defenderse, explicar lo que le ha pasado a ella? Referir su amor... pero ¿con qué palabras? Quien quisiera comprender, habría tenido, mirando esos tiernos ojos, que escrutar ese corazón dolorido, inclinarse sobre esa carne enamorada, hurgar en ella para descubrir, en cada una de sus fibras, una parcela del admirable secreto.

Pero ahí está, sentada al otro lado de la mesa, sin dejar de mirar a las dos mujeres unidas.

No tiene nada más que decir... Nada más que hacer aquí. Su lugar está en otra parte, junto a Gilles. ¡Cuánto va a tener que ayudarlo, que apoyarlo!

Se levanta, mira a su madre que no se mueve. Por un momento cierra los ojos y recupera dentro de su ser el tacto de esa mano seca que se le posaba en la frente durante las fiebres de la infancia.

En la calle, camina con los ojos fijos, un tanto ida, con la amplia toquilla negra flotándole sobre los hombros.

## XVII

Esa misma noche, Éliisa le contó a Gilles lo que había sucedido por la mañana. Él la dejó hablar sin interrumpirla, con la marca, en el rostro, de una irremediable desesperanza, como si no atendiese a lo que le explicaba. Dijo por fin:

—Desde ayer, todo lo que sé es que no me quiere... y fuera de eso no sé lo que va a pasar...

Éliisa se asustó y dijo con brusquedad:

—¡No tienes que volver con ella! Ni para recuperarla ni para castigarla... ¿Me oyes, Gilles? —lo zarandeaba; intentaba llegar hasta esa mente acaparada—. Estás como perdido... Tienes que esperar a que se te calme la pena; ahora tienes que dedicarte sólo a eso...

Y añadió, en voz más baja:

—Te sientes muy infeliz... pero no te has quedado abandonado. Tienes que saber...

Pareció ensimismarse; luego, modestamente, como si no le brindase sino un superficial consuelo:

—Yo te quiero, Gilles. Te quiero con locura... como siempre te he querido, como si hubiera nacido para eso...

Él le clavó una mirada perdida, sin que se inmutase su abatimiento. Despacio, desde lo hondo de la memoria, se alzó un recuerdo. ¿Por qué ése y no otro cualquiera? Un sábado por la tarde, después del trabajo, está sentado en la terraza de un café con tres compañeros. Los jóvenes obreros se avisan entre sí con un guiño: «¡Por ahí viene esa chica tan guapa, Lisa!». Viene hacia ellos por el barullo de la calle, alta y dulce; sólo en él se le detienen los ojos. La llama de esa mirada se le quedó en el corazón durante días.

Y como si, por vez primera desde hace meses, volviera a tomar conciencia de esa mujer que vive a su lado, dice:

—Sí, Éliisa, me quieres... ya lo sé. Y yo me he portado contigo como un cerdo...

—Si tú mismo lo reconoces, es que no eres tan cerdo —responde ella con forzada sonrisa.

Creyó que algo tierno iba a asomarle al rostro a Gilles; pero ya estaba él abriendo los brazos con un ademán que quería decir: «Todo esto no cambia nada de nada».

Aquella noche no volvió a abrir la boca.

Los días siguientes trajeron consigo una lluvia fría e intensa. Se abrieron en los caminos en cuesta del jardín estrechos regatos. Saturadas de agua, las últimas flores del otoño se pudrieron sin marchitarse. Delante de la cocina, en la escalera de ladrillo, a la concavidad no le daba tiempo a secarse; estaba continuamente llena de agua de lluvia que salpicaba el umbral rebajado y se metía por debajo de la puerta. Éliisa tapó la rendija con un saco viejo doblado. «Es una lluvia de las que duran», se decía,

contrariada porque los niños tenían que quedarse en la cocina e irritaban a Gilles con sus voces y sus juegos. Por la noche, ráfagas húmedas se colaban por la chimenea y metían en casa el humo, que se alzaba en velos entorno a la chapa del fogón. En cuanto abrían la ventana, una humedad gélida saturaba la habitación. Gilles y Éliisa se sentaban juntos en aquel ambiente cerrado. Éliisa ponía las manos sobre las de Gilles y él le contaba sus melancólicos pensamientos.

Éliisa no decía nada ya de sí misma, de su amor. Escuchaba las largas quejas de Gilles, interrumpiéndolo sólo con una palabra de consuelo, con un ademán de aliento. Pero todo su ser irradiaba ternura. Eran un auxilio vivo aquellos ojos atentos... y aquella tierna carne palpitante no era sino consuelo brindado... Éliisa sólo pensaba en Gilles; y Gilles, en sí mismo. Se decía ella, sin embargo, que le serviría de ayuda aquella solicitud constante con la que, mediante un sutil instinto, conseguía rodearlo sin parecer imponérsela. Y en verdad lo ayudaba.

Gilles fue mejorando.

La lluvia había cesado, volvió el calor. Hubo unas cuantas tormentas más, tronadas broncas y fuertes. Al atardecer, un sol rojo incendiaba un cielo cargado, signo postrero de un otoño que moría gloriosamente.

Los geranios habían vuelto a echar flor. Una rosa tardía se había abierto junto a la valla. Éliisa la cortó. Los jarrones le venían demasiado grandes a aquella única flor. La puso en un vaso para cuando volviera Gilles.

Cuando regresaba, se sentaba en uno de los peldaños de hormigón. Éliisa venía a sentarse a su lado y se quedaban un buen rato juntos, entre una luz ya evanescente. A veces, Gilles decía señalando uno de los arriates marchitos:

—La primavera que viene, vamos a plantar ahí resedas.

—Sí... ¡no tienen mucho color, pero huelen tan bien! —contestaba Éliisa con la voz preñada de una alegría contenida.

De repente, la enfermedad volvió a adueñarse por completo de él. Un día, según volvía de la fábrica, se encontró con Victorine. No se le acercó; se quedó quieto y la siguió con la vista; lo hirieron aquella belleza intacta, aquel porte despreocupado. Por la noche, lloró mucho y Éliisa fue impotente ante aquel dolor renacido. Oía los sollozos duros, entrecortados; volvía a verle una mirada perdida, un rostro afligido; le llegaba aquel corazón que asolaba una única imagen. ¿Cómo era posible que en aquel rudo corpachón se albergase tanta debilidad?

Gilles estuvo varios días sumido en un abatimiento total.

Una noche, Éliisa se despertó y se inclinó hacia aquella forma que apenas si vislumbraba entre la blancura de las sábanas. Gilles iba a necesitar tiempo para curarse... Mucho tiempo. Se reprochaba el haberse precipitado en alegrarse. Seguramente volvería a aquella calma a medias que había tenido las semanas anteriores; y quizá volvería a perderla y a caer en el abatimiento de ahora... Y así continuamente, durante meses... ¡Y si nunca se curaba! Si seguía con aquellos ojos ausentes, con aquel rostro dolorido hasta el final... ¿El final de qué? Sintió miedo.

Volvió a apoyar la cabeza en la almohada, se pasó la mano por la frente cubierta de sudor. Con un extraño pánico, notó que a su alrededor se tambaleaba un mundo ancho y frágil. Alzó un poco la cabeza, abrió los ojos de par en par: la habitación estaba colmada de sombra. No se sabía si era gigantesca e ilimitada o diminuta, únicamente ceñida al propio cuerpo. Éliisa luchó con aquella oscuridad muerta, rechazó aquella noche, invocó con todas sus fuerzas imágenes apaciguadoras. Un prado que cuaja de flores la primavera... un camino campestre por el que pasan los obreros, silbando y cantando en una mañana azul... una ventana abierta al verano glorioso... La vida...

Le pasó por la frente algo semejante a un soplo vivo; algo muy dulce le aflojó el cuerpo. Notó que aquella esperanza seguía intacta, agazapada en lo más hondo de su ser. Volvió a dormirse con el corazón vuelto hacia una dicha posible.

Aquel nuevo ataque de desesperación por el que acababa de pasar Gilles fue como un último coletazo de dolor. Volvió a la melancólica calma de los días anteriores y, a finales de invierno, entró en una nueva fase. No se mostraba más tierno con Éliisa ni parecía definitivamente curado de Victorine. Seguía sufriendo y quejándose, pero nunca pronunciaba ya el nombre de la joven; era un dolor anónimo que soportaba, aparentemente, por costumbre, sin saber ya a qué se debía.

Acabó el invierno sin que nada viniera a alterar la esperanza de Éliisa. A veces se paraba, en plena faena, dejando el ademán en el aire; la inmovilizaba una turbadora alegría; transfigurada de pronto, se entregaba por completo durante un momento al éxtasis de un triunfo muy cercano.



## XVIII

Gilles plantó resedas en el arriate; las hojas crecieron, de un verde apagado, gruesas, poco atractivas. Todas las mañanas, Éliisa se inclinaba sobre el arriate, observaba los progresos de las espigas henchidas, aún cerradas: no tardarían en florecer, insignificantes, casi incoloras, brindando en efluvios su encanto oculto.

Aún no estaban en flor las resedas.

Gilles, con un sallete en la mano, aprovechaba las últimas horas de luz para limpiar un sembrado de lechugas tiernas. Se incorporó, subió despacio por el camino, fue a sentarse en el banco adosado al muro de la casa. Éliisa lo había visto acercarse desde la ventana de la cocina. Bajó la escalera de ladrillo con el niño en brazos.

—Mira qué bien anda ya —dijo—. No hay que ayudarlo más que con un dedo...

Gilles miró, con sonrisa distraída.

Las gemelas, ya cansadas, se acomodaron junto a Gilles, una a la derecha y otra a la izquierda, apoyadas en el brazo del padre. Éliisa se sentó en uno de los peldaños de ladrillo y atrajo al bebé contra sí. La cena estaba lista, hacía bueno, esperaron un poquito.

No hablaban. La noche caía despacio. Nada se movía en el tibio aire primaveral. En algún sitio, en lo hondo del prado o en un jardín, habló un niño: una voz lejana, casi imperceptible, que no turbó aquella paz extraña.

Que nadie esboce gesto alguno... que no se alce soplo alguno... es una hora de incalculable valor. ¿Un final o un frágil comienzo? Diríase que algo va a nacer o a morir.

Así fue como sucedió:

Cuando Éliisa estaba a punto de apagar la lamparilla, Gilles la detuvo.

—Espera un poco —dijo—; tengo que decirte algo.

Éliisa se volvió hacia él y esperó, con un codo apoyado en la almohada.

—La he visto... —siguió diciendo Gilles—. A ella, a Victorine.

Éliisa se asustó ante esa palabra que él ya no pronunciaba. Gilles sonrió.

—No te alarmes... —y añadió, despectivo—: ¡No me ha hecho el menor efecto!

¡Ya podía ahora Victorine intentar ablandarlo! Por mucho que volviera, que le suplicase, que se le arrastrase a los pies, no se inmutaría más que si fuera un bloque de piedra, afirmaba.

Éliisa clavaba los grandes ojos cargados de temor en aquel rostro sosegado, un tanto burlón.

—¿De verdad, Gilles?

—Si te lo digo, ya sabes que me puedes creer...

Claro que lo sabía... No habían vuelto a hablar de nada y se había dado cuenta de que Gilles estaba mejor... Pero, pese a todo, ahora, al oír que le anunciaba de pronto que se había quedado indiferente al ver a Victorine, notaba algo así como un golpe inesperado...

Gilles seguía hablando:

Sí, estaba seguro de que ya no la quería. Nunca lo había tenido tan claro como al verla hacía un rato. Y, además, ya casi nunca pensaba en todo aquello; y si había vuelto a sacar el tema esta noche, era sólo por lo del encuentro y para que Éli­sa supiera qué había notado. ¿Cómo había podido ponerse así por ella? ¡Por esa fulana de poca monta! Ay, bien se daba cuenta de su error... Había echado a perder toda la dicha que tenía al querer a Éli­sa... Ahora ya no había nada que lo entristeciera ni que lo alegrara, sólo sentía una tremenda indiferencia. Le parecía que, a partir de entonces, ya iba a ser siempre así: nunca volvería a padecer ni nunca volvería a sentir alegría alguna. A veces se notaba un poco desvalido, pero no sufría por ello ni deseaba que fuera de otra forma. Le parecía que así todo resultaba más fácil.

—Sí... es como si no pasase nada a mi alrededor... o como si tuviera el cuerpo vacío del todo... —explicaba.

A Éli­sa le latía deprisa el corazón. Con la cabeza un poco ida, escuchaba a Gilles sin percatarse aún del todo del sentido completo de sus palabras. Él calló. Cuando se dio la vuelta y se puso de lado para dormirse, Éli­sa dejó caer la cabeza en la almohada. Poco a poco, se fue calmando y quiso hacerse despacio con la realidad. Repitió para sí las frases de Gilles:

«Ahora todo lo que tiene que ver con ella no me hace más efecto que si fuera un bloque de piedra... Puede volver, irse, desaparecer del todo, me da lo mismo...».

Ahí se detiene; la turba una emoción demasiado intensa. Gilles está curado... ¡Ya ha arribado ese minuto que tanto esperó! Por fin muere el día de hoy... Mañana será por fin otro día, diferente al de ayer... Éli­sa está libre, va a poder volver a vivir... Libre... ¡Vivir!

Tiembla, se queda sin resuello. Cómo agobia la alegría este corazón vulnerado... Une sus pasados dolores en un sólo pensamiento y, por vez primera, le parecen demasiado pesados, y sus hombros demasiado débiles... Ha llegado al final del calvario, pero está cansada... Tan cansada...

Pero, exhausta, consigue aún sonreír en la oscuridad. Está libre... Gilles se ha curado... la vida vuelve a empezar...

Vivir... ¡Vivir! Desde mañana mismo. Mañana...

Esta noche no siente ya más que una abrumadora necesidad de descanso...

Dormir... Resbala despacio hacia ese otro cuerpo que está ahí, tranquilo, y deja ir la cabeza pesadamente contra el hombro del amado.

Dormir... sólo dormir... durante días enteros... así... contra el hombro de Gilles...

Amaneció. Unos fulgores indecisos se colaron en la habitación, iluminaron las proximidades de la ventana, rozaron tristemente ese hermoso rostro agotado.

¿Habría habido manos bastante tiernas para acunar ese cuerpo?

¿Labios bastante amorosos para recibir ese precioso despertar?

Gilles, que se había levantado hacía un rato, se estaba lavando con mucho ruido de agua. Éliisa se despertó, se dio cuenta de que se le había hecho tarde. Preparó corriendo el desayuno con los gestos de costumbre, automáticos, con la cabeza colmada aún de un sueño pesado interrumpido antes de tiempo.

—¡Lisa, hasta la tarde! —Gilles se despidió con la mano, cerró la puerta al salir.

Las gemelas se fueron a la escuela. Éliisa puso al niño en la trona y subió al dormitorio.

No le había dado tiempo a peinarse. Se destrenzó el pelo que, negro y brillante, enmarcó el pálido rostro enflaquecido. Melena suelta, larga, inmensa, demasiado pesada para esa cabeza menuda y extenuada.

Se acuerda de la noche anterior, de su peculiar exaltación; se da cuenta de que esa alegría está muerta. Pero si Gilles está curado... ¿es que no hay acaso motivos para alegrarse? ¿No ha dicho acaso Gilles que ya no quería a Victorine, que nada de ella le importaba ya? Sí... pero en eso se quedó Éliisa; y él dijo muchas más cosas... Frases de cuyo sentido no se percataba aún ella del todo, pero que ya la estaban hiriendo. «Es como si no pasase nada a mi alrededor...».

No... la tarea de Éliisa no ha concluido aún... la imagen de Victorine se ha borrado del corazón de Gilles... y ahora tiene Éliisa que volver a poblar ese corazón vacío... Todavía queda por volver a construir todo el amor de antaño...

Se agacha para recoger una de las peinetas, alza la cabeza demasiado deprisa y unas curiosas estrellitas de oro le abrasan la vista. Se sienta, se queda un rato quieta, con las manos cruzadas sobre el vestido, con la mirada fija... Gilles... ¿El amor de Gilles? ¿El amor de Éliisa...? Algo se le ha marchitado en el corazón.

Se levanta, camina despacio por la habitación. ¿Qué tiene que hacer esta mañana? Aclarar la ropa y tenderla en el desván... Fregar la cocina... sacarle brillo a los cobres... comprar verdura... Pero ¿qué significado tienen todos esos gestos? No la rodean sino cosas muertas. Pasa delante del espejo, se ve con el pelo suelto; se lo recoge con mano distraída, sin trenzarlo siquiera, en un moño pesado casi sin sujetarlo.

Baja, e inician sus manos el trabajo inútil.

Amor mío... ¿dónde estás amor mío? En ninguna parte. Estabas en mí, yo no era sino tú. ¿Amor mío? Nada, no soy nada. Apariencias, espejismos, esperanzas, juegos mudables del mundo... la vida pasa... ¿Dónde estás, Éliisa? Aquí... mis manos se sumergen en el agua fría, sacan la tela azulada, la retuercen... y se va amontonando la ropa pesada y húmeda en el cesto de mimbre... la vida pasa... Pero ¿quién es Éliisa? No reconozco a esa mujer... No soy nada. ¿La mujer de Gilles? Ay, amor mío, ¿por qué me has abandonado...?

Alza el cesto lleno, se lo apoya en la cadera. El niño la llama, no se vuelve, sube despacio los peldaños.

El desván, que ya caldea el sol, huele a pino tibio. Deja el cesto, esboza un ademán, deja caer el brazo.

Coger la caja llena de pinzas de madera... Sacar del cesto las prendas, una a una, y colgarlas de las cuerdas... ¿Y después? Otra tarea... ¿Por qué? ¿Para qué? Por nada, para nada. ¿Y qué pasará al final del día? Nada. ¿Y mañana? Lo mismo que hoy. ¡Tender tanta ropa! No... nunca podrá tenderla. Mejor esperar. Esperar a que pase algo... ¿Esta tarde?

«Hola, Lisa.

»Hola, Gilles.

»¿Está la cena?

»Sí, puedes cenar. ¿Me quieres, Gilles?

»No, Éliisa. ¿Y tú, Éliisa, me quieres?

»No lo sé, Gilles».

De pie, junto al gran cesto de mimbre, está quieta, demudada. El pelo, mal sujeto, se le afloja en la nuca. ¡Ay, Éliisa, no pierdas el coraje! Nada ha cambiado en ti... Les has consentido tanto a los demás, sin odiar nunca, sin castigar nunca, sin renunciar ni un solo día... Consiéntete hoy este momento de flaqueza... Deja que tu carne exhausta recobre fuerzas... Dentro de unos días te darás cuenta de que tu amor no te ha dejado... volverás a encontrarlo intacto, fuerte, inmutable... Espera unos días... unas horas... Es posible que ya esta noche, cuando veas ese corpachón musculoso aparecer, vestido de pana, en el vano de la puerta, sientas de nuevo esa ternura inmensa que te paralizaba, aferrada con ambas manos a la barra niquelada del fogón... Y es posible que Gilles, resplandeciendo con un amor recuperado, se te acerque y te bese con suavidad en la frente, como el primer día... ¡E incluso aunque aquí sólo hubiese para ti cosas muertas! Puede suceder que des con otro lugar en que ejercer tu necesidad de amor y de vida... ¡Valor, Éliisa! La vida está por todas partes... Espera... no cedas... ¡Espera! La vida está a punto de nacer de nuevo...

Pero Éliisa no piensa, ni oye, ni ve. No siente sino ese extraño vacío a su alrededor. No, no puede vivir sin ese amor ni tan siquiera un día.

Avanza con los brazos extendidos, palpando a tientas en un mundo muerto en el que no se sitúa. Por la ventana baja del desván, se divisan, a lo lejos, los altos hornos que arden con todas sus llamas, con todos sus humos. Éliisa no mira por la ventana. Alza las manos, se agarra al marco, se sube al estrecho poyete de madera. Es alta, para no tropezar con las vigas del techo tiene que agachar un poco la cabeza. Por un momento, apoya la mejilla en el yeso de la pared; tiene los ojos cerrados, el rostro sereno y casi sonriente. La ventana está abierta, una leve brisa primaveral resbala por el campo, viene a morir en la falda larga de Éliisa, le riza el borde, despacio, en los tobillos.

Sin abrir los ojos, va a deslizar suavemente la mejilla contra el reborde de yeso y, después, bajo el marco de la ventana. Se va a agachar un poco. Y esas manos que la sujetan, en un ademán despacioso, las va a abrir, apasionadamente.

Marthe estaba en el jardín de al lado. Al oír el ruido del cuerpo al caer, se volvió y

lanzó un prolongado alarido.

Acudió gente; se inclinaron sobre Éliisa sin atreverse a tocarla. Marthe se incorporó, le dio en el brazo a su hijo con manos crispadas:

—Corre... —dijo con una voz espantosa—. Ve a buscar a Gilles.

El joven volvió hacia su madre unos ojos pasmados; como si no entendiese ya nada, susurró:

—¿Gilles?

—Pues claro, Gilles... ¡el hombre de Éliisa! —vociferó Marthe.

Éliisa respiraba aún; ante esas palabras, los quebrados miembros se estremecieron largamente. Fueron las últimas que oyó.

## Epílogo

La sociedad parisina acogió con grandes elogios la publicación, en 1937, de *La mujer de Gilles* después de que el influyente descubridor de talentos literarios Jean Paulhan, editor de la *Nouvelle Revue Française*, la recomendase a Gallimard. Al distinguido crítico Ramón Fernández le costaba creer que se tratase de una ópera prima: «El tono y el equilibrio son extraordinarios», escribió, «y consigue a la perfección el arte de transmitir el silencio». Madeleine Bourdouxhe reconoce hoy que sigue siendo su obra favorita porque gracias a ella se hizo un nombre. «De vez en cuando», dice, «pienso en esa novela y me digo que no está tan mal».

Ninguno de los críticos que la calificó de astro en ascenso habría vaticinado que la fama de una escritora de treinta años tan dotada decaería de una manera tan repentina y que su carrera en el panorama literario concluiría en tan poco tiempo. Cuando le pregunto por eso ahora, ríe y se encoge de hombros. Cree fervientemente en el destino y publicar siempre fue menos importante para ella que escribir. Como tantas otras mujeres a lo largo de la historia, ha tenido que hacerlo en momentos robados, en la mesa de la cocina o a altas horas de la madrugada. No obstante, escribir siguió siendo para ella más una vocación que una actividad periférica. Todavía hoy, con ochenta y seis años, sigue trabajando de noche, pero ahora lo hace en el moderno edificio en el sur de Bruselas donde vive, en el piso de arriba del que ocupan su hija y su nieta. «Siempre he tenido verdadera necesidad de escribir», me dijo a finales de los ochenta, «y he seguido haciéndolo aunque no pudiera ir a París de vez en cuando a intentar colocar mis obras. Pero siempre leo todas las novedades que salen». Resulta inevitable advertir que, con un buen apoyo profesional, su producción habría sido mayor. Nosotros nos lo hemos perdido.

La razón inmediata de su desaparición del candelero fue el inicio de la Segunda Guerra Mundial en 1939 y la ocupación de Bélgica y Francia. Bourdouxhe vivía en Bruselas y trabajaba activamente para la Resistencia, y se negaba a tratar con las editoriales, entre ellas Gallimard, que habían caído en manos de los nazis. En 1943, una pequeña imprenta de Bruselas publicó su novela parisina, *A la recherche de Marie* y, en años posteriores, aparecieron relatos suyos en revistas francesas y belgas, pero las feministas no han empezado a leerla de nuevo y a recuperarla para nuestro tiempo hasta hace muy poco.

*La mujer de Gilles* volvió a publicarse en Bélgica en 1985 y, en el mismo año, se publicó en París, en una colección editada por Françoise Collin, *Sept nouvelles*, una recopilación de sus relatos, casi todos inspirados en la vida durante la ocupación. Cuando comencé a indagar sobre la autora con vistas a traducirla al inglés, descubrí que apenas se había escrito sobre ella, lo que despertó mi curiosidad y fui a Bruselas a visitarla varias veces. En nuestros encuentros, hablamos largo y tendido. Mi edición de los relatos incluyó una introducción biográfica y el tanto tiempo descatalogado *Sous le Pont Mirabeau*, con las ilustraciones originales de Mig Quinet. Se publicó en

1989 bajo el título *A Nail, a Rose*, tomado de uno de los cuentos, del que después supe que había ganado un concurso internacional de narrativa breve en una emisora de radio francófona de Canadá. La publicación en inglés de estos relatos y la información sobre su vida, sobre todo la noticia de que aún vivía, supusieron un punto de inflexión en el proceso de redescubrimiento, y la obra se está traduciendo por fin a otras lenguas.

Tenemos que agradecer especialmente a Simone de Beauvoir, pues, que se acordara de Madeleine Bourdouxhe cuando compiló *El segundo sexo*, publicado por Gallimard en 1949. Beauvoir alaba su sutil observación de las diferencias entre la sexualidad masculina y femenina. La conducta de Gilles en la cama, afirma, es un ejemplo de la manera en que los hombres intentan «reducir el placer erótico a una sensación inmanente que se experimenta por separado». El que pregunte a Éliisa si ha gozado con la relación sexual «pone de manifiesto la separación, convierte el acto amoroso en una operación mecánica dirigida por el varón... Lo que él busca realmente es mucho más dominio que fusión y reciprocidad... le gusta tener humillada a la mujer; siempre quiere tomar más de lo que ella da».

Cuando le dije a Madeleine Bourdouxhe que había desenterrado este fragmento, se despertaron en ella vivos recuerdos de la amistad entre las dos escritoras, ambas de la misma edad, licenciadas en filosofía, y que escribían en la misma lengua. «Había oído hablar de ella, por supuesto, y ya conocía a Sartre; poco después de la guerra había publicado un relato mío en su revista *Les Temps Modernes*, pero encontrar mi nombre en *El segundo sexo* fue una completa sorpresa. Lo había comprado porque era un libro nuevo y porque trataba de las mujeres».

La siguiente vez que estuvo en París quiso conocer a Beauvoir. «Fui a ese renombrado café, ¿cómo se llama?, Les Deux Magots, para presentarme. Después, cada vez que iba a París, me encontraba con ella y Sartre en un café o en un *bistrot*, y nos hicimos amigos. Hablábamos de todo un poco, de libros, de niños, de hombres, de política». Es evidente que Madeleine Bourdouxhe disfrutaba con aquellas incursiones en la vida literaria parisina. Su hija Marie, nacida en 1940, todavía recuerda fervientemente el paralizador aburrimiento que le producía recorrer el Boulevard Saint-Germain arriba y abajo esperando a que su madre saliera de la Brasserie Lipp. «Conocía todas las hojas de cada uno de los árboles de ese tramo del Boulevard...».

Merece la pena recordar que, en 1937, cuando se publicó *La mujer de Gilles*, Simone de Beauvoir todavía no había debutado como escritora. Estaba a punto de empezar a trabajar en su primera novela, *La invitada*, publicada en 1943 y traducida engañosamente al inglés en 1949 como *She Came to Stay* [*Ella vino a quedarse*].

Como ambas novelas tratan de un *ménage à trois* —la de Beauvoir, basada en un amorío de Sartre con una joven protegida de ella—, la comparación con *La mujer de Gilles* resulta, cuando menos, interesante. Ambientada en la sofisticación de la vida de los teatros y cafés parisinos, la novela de Beauvoir no podría ser más distinta y, sin

embargo, la adolescente Xavière, «la otra», caprichosa y amenazadora, se asemeja mucho a Victorine, en ambas hay un desenlace violento que desencadena la heroína (en este caso, Françoise mata a Xavière, cuya presencia física la obsesiona tanto como la de Victorine obsesiona a Éliisa) y la excesiva dependencia con respecto al hombre exacerba el dilema central. Pese a todas sus vivencias urbanas, Françoise advierte que su vida gira demasiado en torno a Pierre, hasta tal punto que para ella no existe nada antes de comentarlo con él, «todos sus pensamientos eran con él y para él». En *La plenitud de la vida*, Beauvoir menciona que se sentía especialmente orgullosa de la estructura narrativa de esta obra temprana. Igual que en *La mujer de Gilles*, a los personajes que no son Françoise se les permite, en ocasiones, narrar la historia, de forma tal que «ningún personaje es depositario de la verdad absoluta».

En nuestras conversaciones, Madeleine Bourdouxhe la elogió más como persona que como escritora: aunque admira a Sartre, sobre todo por haber rechazado el Premio Nobel, cree que la obra de Beauvoir está escrita «demasiado bajo su influencia». Ambos son, primero y por encima de todo, más filósofos que novelistas. Filosofar es el resultado natural de la locuacidad intelectual de Beauvoir, del mismo modo que el silencio lo es de las llanas creaciones de Madeleine Bourdouxhe.

Para tratarse de una novela, *La mujer de Gilles* contiene muchos elementos de la tragedia clásica. El elenco reducido, los espacios contenidos y la estructura simétrica constituyen una cualidad universal que brinda una apasionada intensidad al drama que se va desarrollando. Y como en una obra de Racine, el desenlace se desencadena a partir de un acontecimiento que sucede al principio, tras el cual, ni los personajes ni el narrador pueden alterar el resultado. Después de que Victorine bese a Gilles, ya no hay vuelta atrás.

Estas emociones turbulentas se sitúan en un marco que logra su efecto gracias a su carácter vago y específico a la vez. Sabemos que estamos cerca de una ciudad industrial del norte de Europa, en la que las chimeneas escupen humo día y noche, donde la contaminación y los vientos fríos hacen que la horticultura sea una labor difícil, donde una sola mesa pequeña se utiliza para todas las funciones básicas de la vida: comer, planchar, jugar a las cartas, entretener a los niños. Es un mundo pequeño en el que las estaciones y los turnos de la fábrica marcan el ritmo de la vida y del amor. Podría ser cualquier lugar. Es, en realidad, Lieja, donde Madeleine Bourdouxhe pasó la primera infancia. No se menciona la ciudad y se alegró mucho cuando su compatriota Georges Simenon le escribió una carta para decirle que había reconocido el escenario.

«Me crié en Lieja y eso tuvo una profunda influencia en mi trabajo» me dijo. «Era importantísimo para mí. En esa época, antes de la Primera Guerra Mundial, las principales fábricas belgas estaban en Lieja. Era una zona completamente industrial. Recuerdo, de niña, haber visto las minas de carbón y haber observado las caras oscuras de los hombres que trabajan en ellas».



«En mi familia nunca bajó nadie a la mina. Mi padre era ingeniero, compraba y vendía maquinaria. Pero las fábricas me interesaron desde muy temprana edad, y las gentes que trabajaban en ellas, y luego, de mayor, conocí a algunos de esos operarios a través de la doncella de mis padres, a la que me sentía muy unida».

La claridad con la que recuerda su infancia ilustra la intensa preocupación de Madeleine Bourdouxhe por la superposición de evocaciones que se aglutinan en capas de conciencia para crear la personalidad femenina. Al final de *Sous le Pont Mirabeau*, su relato casi autobiográfico de una huida en tiempos de guerra, se encuentra ante una ventana, con su hija pequeña, pensando en el futuro: «La niña es demasiado pequeña para comprender lo que su madre quiere decir y, además, ¿cómo podría ella hacerse entender? Es algo tan inexpresable, tan nebuloso como la propia niñita. Sus sentidos y sus ideas todavía tienen que formarse adecuadamente. Con el paso de los años, se convertirá en una mujer y tendrá ideas más claras sobre la vida».

En *La mujer de Gilles*, Éliisa a menudo se sumerge en los recuerdos de infancia o adolescencia como si buscara la solución a su dilema a través de una secuencia acumulativa de imágenes: camina por la ciudad con su madre, le arregla el pelo a su hermana pequeña, retoza con Gilles en el bosque antes de la boda. Todas esas viñetas se evocan con una claridad tal que parecen almacenadas permanentemente en su cerebro y, cuando se vuelven demasiado dolorosas para soportarlas, Éliisa es capaz de suspenderlas: «Y efectivamente, Éliisa detuvo el desfile de imágenes». Los recuerdos acumulados también le proporcionan desahogo: «Movimiento de la mano de Gilles, besos de Éliisa, caricias habituales que, de pronto, enlazaban el presente con un pasado de ternura...».

Madeleine Bourdouxhe explicó este proceso de interiorización en unas breves declaraciones a *Editions de la Nouvelle Revue Française* de octubre de 1937. «Si se observa a Éliisa desde fuera», escribió, «su pugna apenas es perceptible. Lo que quise hacer fue seguirla a través de su vida interior. La creé a partir de una superposición de las mujeres que me rodeaban. Veía un aire esquivo, una expresión, una sonrisa, unos instantes solamente, y luego se esfumaba... algo que emanaba de su interior, algo que seguía viviendo dentro de ellas, y era ese aire lo que las hacía ser lo que eran».

Aunque se resiste con firmeza a que se la identifique con alguna escuela o movimiento, es imposible considerar la obra de Madeleine Bourdouxhe como un fenómeno aislado, sobre todo cuando *La mujer de Gilles* se inscribe con tanta facilidad en la tradición que define así la crítica feminista actual: la novela en la que una apariencia física dócil esconde un ser interior torturado, incluso trastornado. Pero a diferencia de las escritoras del siglo XIX releídas desde esta perspectiva feminista, Madeleine Bourdouxhe elige heroínas de la periferia de la sociedad, cuya marginalidad constituye la verdadera esencia de sus vidas, lo cual nos lleva a tomar como punto de referencia inevitable a un escritor, Thomas Hardy, como ya señaló Ramón Fernández en 1937.

La utilización de un contexto proletario brinda a ambos escritores la oportunidad

de describir cómo influye la experiencia en los propios actos. Tess Durbeyfield y Éliisa son dos mujeres espontáneas, sensuales, instintivas y en absoluto intelectuales. Ambas cometen el ingenuo error de recurrir a tácticas para alcanzar la felicidad que anhelan y que les es negada. Aunque tienen una vida interior muy rica, no hablan mucho y, cuando lo hacen, es demasiado tarde. Ambas son, en cierto sentido, mártires del concepto de amor que encarnan. Para Éliisa, que el dolor sea más agudo se debe a la ausencia de confidente, «estás sola ante el mayor dolor de tu vida».

Para el mundo externo, Éliisa tal vez sea el epítome de la esposa y madre perfecta pero, cuando tiene que soportar el peso de la pasión de Gilles por Victorine (el peso que supone para ella así como, a la postre, el que supone para él), empieza a encontrar intolerables esas expectativas. En la memorable escena nocturna en la que sigue a Gilles hasta la panadería, dejando solas a las niñas, se detiene a descansar en una pequeña glorieta, un rincón frondoso entre la nieve. Es toda *pathos*, y sin embargo todavía no ha perdido su fuego y medita lastimosamente sobre su destino. Por más que ame a sus hijas, sus sentimientos por ellas no son más que una extensión del amor que siente por Gilles: Gilles es suyo, es su hombre, todo su mundo, y tiene «perfecto derecho a defenderlo, a conservarlo...». Piensa en la posibilidad de que le hayan dado malas cartas. ¿Por qué la habrán elegido a ella para que encuentre gratificación sólo de esa manera? Para el lector actual, a quien Éliisa lleva hasta el filo de lo insoportable, es un alivio que se haga esa pregunta.

La respuesta que no nos da es que, a medida que la protagonista se adentra cada vez más penosamente en el camino de la autodestrucción, está consumando su destino como «mujer de Gilles», una etiqueta cuyo doble significado le otorga una conveniente intención dual, irónica y ambigua a la vez. Ha tenido que ser la mujer y la esposa «de» Gilles y, en cambio, después del beso, ya no es su mujer y sólo es nominalmente su esposa. Hay muchos títulos que juegan con esta doble intención: no puede decirse que Tess sea «de los D'Urberville» —en realidad se ha labrado la desgracia por querer llevar ese apellido— como Emma no soporta considerarse Madame Bovary y Hedda Gabier no acepta del todo haberse convertido en la señora Tessman. Cuando le pregunté por el título de *La mujer de Gilles*, Madeleine Bourdouxhe dejó muy claro que había querido sugerir los dos significados. «Si sólo hubiese querido decir “esposa”, habría utilizado la palabra *épouse*...».

Al faltarle el confidente, Éliisa tiene que volverse hacia Dios, aunque, como a Tess, le resulta difícil concentrarse en la plegaria y los consejos del cura no le valen para nada. En un pasaje de gran carga emocional y erótica, se sienta en la iglesia y mira a su alrededor con unos ojos todavía plenos de vida, a pesar de su dolor. Posa la vista en la estatua de un santo anónimo, joven, hermoso y casi inmaterial en un estado de éxtasis masoquista, traspasado por trece flechas. Éliisa siente una fuerte atracción hacia él, tanto física como espiritual: «... y le parece que la joven garganta de escayola se hincha y palpita como una paloma herida». Es san Sebastián, el mártir pasivo con quien ella se identifica por completo.

El magnetismo que Tess y Élixa ejercen en el lector debe gran parte de su intensidad a la actitud de sus creadores. En el caso de Hardy, su adoración por Tess, a quien incluso las vacas de la granja prefieren a las otras lecheras, es tan poderosa que, en la segunda mitad de la novela, la protagonista casi esquiva la voz del narrador. La forma narrativa de *La mujer de Gilles* está también cargada de implicación emocional aunque es un modelo de economía, claridad y comprensión en el que escenas y vidas completas se transmiten en una sola frase.

Esta confianza narrativa se anuncia en la pasmosa velocidad con la que se desarrolla la primera secuencia de acontecimientos. El estado de ánimo de la primera escena —el entumecimiento que invade a Élixa al pensar en el regreso de Gilles, la expectación de éste ante el acto amoroso, las dos gemelas y una imagen general de felicidad doméstica— es profundamente irónico y se ve de repente desbaratado por el beso y el extraordinario «vislumbre» de Élixa del terror de lo desconocido, el abismo al que inevitablemente caerá al final.

Cuando Élixa se da cuenta de lo que ocurre —«Gilles ya no me quiere»—, la ironía deja paso a una compasión que a partir de ese momento impregnará toda la novela. La autora se identifica por completo con los dos protagonistas principales y al mismo tiempo actúa como una especie de consejera que advierte a Gilles de los peligros del deseo masculino, conforta a Élixa y la felicita por su fuerza femenina, llegando incluso a suplantarlos en la expresión de las emociones cuando cree que podrá hacerlo mejor. Esto da tanta fuerza a la narración que la autora casi se convierte en otro personaje, en un coro.

Cuando le pregunté por el insólito recurso de dirigirse directamente a sus personajes, Madeleine Bourdouxhe me dijo que no le había quedado otra alternativa. «Los personajes adquieren una vida propia. Después de haberlos creado, ya no tengo ningún poder sobre ellos. Me limito a hacer lo que me dicen. A veces se niegan a obedecerme...».

Cuando la voz narradora amenaza con abrumar al lector, nunca es por complacencia y Madeleine Bourdouxhe no duda en cambiar de perspectiva para lograr un efecto, para crear un estado permanente de elasticidad entre el lector, el narrador y los personajes. En ello desempeñan un papel muy importante los tiempos de los verbos, sobre todo cuando utiliza el presente histórico durante largos pasajes. Este recurso es mucho más habitual en francés que en inglés y constituye un elemento importante del estilo de Madeleine Bourdouxhe puesto que aporta intensidad cinematográfica a los momentos cruciales del relato. Emplea el presente en esos momentos en que está creando una sensación de inevitabilidad que quiere que el lector experimente al mismo tiempo que sucede o mientras la sienten los personajes: orgánica y lírica al principio de la novela (y en ocasiones después), cada vez más triste y desesperanzada y, al final, trágica y consumada.

Aunque el punto de vista principal es, por supuesto, el de Élixa o el de la voz narradora que habla en su nombre, el beso inicial lo experimentamos a través de

Gilles así como también su violento ataque final a Victorine mientras que la voz narradora pasa momentáneamente a la madre de Éliisa e incluso a un transeúnte desconocido, ante el que Éliisa pasa, con su voluminosa preñez, para perderse en la oscuridad de la noche. Sólo a Victorine, con su cabello rizado y sus malos modos, toda sexualidad y nada corazón, se le niega la voz narradora, mientras charla sin ton ni son.

En cambio, Éliisa se crece y sufre en el silencio que reverbera en toda *La mujer de Gilles*, un silencio que sólo se quiebra con la confesión de Gilles, con su ataque a Victorine y luego, al final, con el ruido sordo del cuerpo de Éliisa al caer. Para su creadora, Éliisa parece simbolizar una nobleza que resulta profundamente inquietante. En sus declaraciones a *Editions de la Nouvelle Revue Française*, califica el suicidio de «acto de heroísmo». «Me habría gustado salvarla, pero de la vida no le hubiese llegado ningún aliciente, el rescate sólo habría podido proceder de su interior. Y cuando ya no era nada, ya no quiso ser nada nunca más, y llegó a su final de una manera apasionada, aniquilándose en el amor. Ésa es, en gran medida, la historia de todas las mujeres. Y cuando piensas en ello, tienes una extraña sensación: la vida de la mujer está marcada por una nobleza que conmueve, pero cómo nos gustaría poder liberarla de ella».

El que la autora niegue su responsabilidad en el acto final hace que éste sea mucho más catastrófico, mucho más duro de sobrellevar, por implicar como implica que la mezcla de nobleza y masoquismo de Éliisa se ha convertido en un componente significativo de su feminidad. Cuando sube las escaleras hacia el desván, haciendo caso omiso de los lloros del niño, Éliisa está, irrevocable y definitivamente, más allá del alcance de cualquiera. Tras haber perdido no sólo el amor de Gilles sino también, lo que es más importante, su amor por él, que considera la única justificación de su existencia, está ya muerta, con la mirada clavada en el abismo. Ni siquiera su creadora puede frenarla. Eso es lo que hace que la trama de *La mujer de Gilles* sea tan obsesiva, insoportable y sin embargo inevitable a la vez.

Faith Evans, abril de 1992

(Traducción del epílogo: Montserrat Gurguí)



MADELEINE BOURDOUXHE (Lieja, 1906 - Bruselas, 1996) vio interrumpida su carrera literaria con el estallido de la Segunda Guerra Mundial, pero continuó escribiendo hasta su muerte en su casa de Bruselas. Entre sus obras cabe destacar *À la recherche de Marie* (1943), *Sous le Pont Mirabeau* (1944) y *Sept nouvelles* (1985).